EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 3 reales.

N.° 9. Tomo I.—VIERNES 1.° DE MARZO 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerias del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía de Cárlos Nodier, por E.—**Trozos del retrato histórico de D. Enrique de Aragon, marqués de Villena**, por J. E. de Harzenbusch.—**Trabajo inútil**, por D. Pedro de Madrazo.—**Espatolino**, [novela], por la Señorita de Arellaneda.—**Un tipo en Navidad, el hijo del menestral**, por D. Francisco Ramos.—**El carnaval de Madrid**, por D. Antonio Flores.—**Revista de la Quincena**, por E., y D. Enrique Gil.—**Soneto**, por S. Golar y Bueno.

BIOGRAFIA

CARLOS NODIER.

Aun no se habia extinguido en los aires el eco funeral de la campana que anunciara la muerte del autor de *los Hijos de Eduardo*, y ya la implacable muerte segaba otra de las mas selectas flores que tejian la corona literaria de la nacion vecina. El fallecimiento del ilustre escritor Cárlos Nodier deja un inmenso vacío en la Academia: fué el alma de este famoso establecimiento desde el dia en que figuró entre las cuarenta notabilidades que lo componen: no consideró solo el título de académico como honorífico, sino tambien como la imposicion de nuevos deberes. Así es que iba á las sesiones por distraerse, encontrando allí su mas agradable recreo; por eso nunca tuvo el famoso Diccionario colaborador mas diligente y concienzudo.

La vida de Cárlos Nodier, como hombre y como escritor, parece, por decirlo asi, separada de la historia; pues amante de la soledad y del trabajo, huyó siempre de los inconvenientes de la celebridad y de los azares de la vida pública. Siguiendo los consejos del libro santo, gustó de ocultar su vida, y saboreó los incomparables goces de la meditacion, de la familia y del estudio. Su nombre ha adquirido poco á poco ínclita fama sin alcanzar nunca ruidosos triunfos. En las biografías de los autores eminentes pueden citarse las gloriosas fechas en que su reputacion se formara y creciera: en la de Cárlos Nodier es imposible fijar el instante en que se hizo popular su nombre, ni el libro que agregó la gloria del escritor á la fama del literato ¿ Fué acaso *Adela*, *Juan Sbogar* ó *Smarra*? ¿ Fueron tal vez sus cuentos, sus poesías las que anunciaron la hora de su advenimiento literario? Ninguna de esas obras aisladas lo anunció sin duda, mas lo constituyen todas juntas. A cada línea que escribió se fue elevando un poco en el confin del horizonte hasta que al fin brilló en lo alto del firmamento.

Cárlos Manuel Nodier nació en Besançon el 29 de abril de 1780; su padre, magistrado eminente, desempeñaba un destino importante en el Franco condado, y fue segundo alcalde constitucional de Besançon en tiempo de la república. Creció su hijo en

el seno de los clubs, y allí bebió ese ardiente amor á la libertad que le grangeó mas tarde tantas persecuciones. Alternaba á un mismo tiempo con igual celo en el estudio de las ciencias naturales y en el de la filologia. Apenas habia cumplido diez y ocho años cuando publicó en su pais natal una *Disertacion sobre el uso de los cuernecillos de algunos insectos y sobre el órgano del oido en los mismos*, y ya empezó á versificar un poema sobre el asunto favorito de sus estudios, sobre la familia de los *Coleópteros*.

Tres años despues, en 1801, dió á la luz pública una *Biblioteca entomológica con notas críticas y exposicion de métodos*; anunciando ya un talento enciclopedista que debia señalarle algun dia el primer puesto entre los polígrafos contemporáneos.

Desde el año 1799 se encontraba complicado el jóven Nodier en un proceso político que pudo costarle caro, y del cual no fué absuelto sino por la mayoría de un solo voto. Entonces fué á París, y al principio se vió arrastrado á la oposicion realista, con la que se aliaban á la sazon los republicanos. Publicó en 1802 su famosa oda titulada la *Napoleonada*, que reprodujeron todos los periódicos ingleses, y avivó las persecuciones contra los sospechosos. La *Napoleonada* se habia publicado sin firma, y Nodier para apartar las sospechas que pesaban sobre las cabezas de muchos inocentes, se presentó á Fouché, delatándose á sí mismo; noble y pundonorosa accion que le costó verse encerrado en Santa Pelagia. Despues de algunos meses fué confinado á su pais y sometido á una vigilancia rigorosa. Abandonó el desterrado su hogar doméstico, y se lanzó á recorrer las eminencias del Jura y los altos valles de la Suiza. Arrestado de nuevo bajo un frívolo pretesto, fué restituido á la libertad por algunos aldeanos. Vagó otra vez por las montañas, y pasó largos dias encerrado en el fondo de antiguas bibliotecas de monasterios y parroquías, que le brindaban hospitalario asilo. Molestado de contínuo hasta en aquel apacible retiro, se trasladó definitivamente á Suiza, yendo de una poblacion á otra, y ejercitándose en modestas industrias para ganar su sustento. Allí fué corrector de pruebas é iluminador de estampas. Por último, despues de infinitas penas y trabajos regresó á Francia, se dedicó á la enseñanza en algunas aldeas de Doubs y fijó su residencia en una poblacion del Jura, que ha cantado despues en un delicioso idilio.

Le arrancó á Nodier de aquel asilo un inglés célebre, el caballero Croft, que vivia por entonces en Amiens y buscaba un colaborador que le ayudase en la importante publicacion de *Los Clásicos franceses con comentarios*. No duró la asociacion tanto tiempo como pudiera creerse: sin duda el caballero Croft no era tan perfecto como nos le ha retratado Nodier en su *Amelia*. Separáronse pues ambos colaboradores: por recomendacion del general Bertrand obtuvo Nodier un empleo administrativo en las provincias recien conquistadas de Iliria: allí estuvo á su cargo la

direccion de un periódico titulado *El telégrafo de Iliria*, escrito en cuatro idiomas. La invasion del enemigo le llevó otra vez á Francia: formó parte de la redaccion del *Diario de los Debates*, y en sus columnas fué el primero que se mostró adicto á los Borbones.

Por esta época ya era Nodier ventajosamente conocido entre los literatos. Habia ya publicado *Stella ó los proscriptos*: El *pintor de Salzbourgo*: *último capítulo de mi novela*: *Diccionario razonado de las onomatopeyas de la lengua francesa*, *y las cuestiones de literatura legal*, con otros opúsculos de menos importancia que no figuran en la edicion de sus obras completas. Nodier no solicitó gracias ni empleos del nuevo gobierno: por toda recompensa á sus servicios le otorgó Luis XVIII una ejecutoria de nobleza. Retraido á una modesta vida se preparaba á ilustrar con nuevos timbres su naciente fama: *Juan Sbogar*, *Teresa Aubert*, *la Miscelánea de literatura y crítica*; *Adela*, *Smarra*, *Tribly*, se sucedieron rápidamente desde 1818 á 1822, y le valieron al autor una posicion eminente en la república de las letras.

Mr. de Corbiere, ministro de lo interior y bibliófilo esclarecido, nombró á Nodier en 1824 bibliotecario del Arsenal: allí redujo á nuevas formas sus sencillas costumbres y se trazó un estrecho círculo de necesidades: allí ha permanecido hasta su hora postrera: allí ha muerto sosegado entre sus amigos y sus libros.

Nodier en 1827 publicó un tomo de poesías, que no gozan de tanto crédito como sus novelas, si bien no son inferiores en mérito. Despues se recreó en varios trabajos de erudicion, hasta que en 1832 formó una edicion completa de sus obras. Dos años despues fué elegido por unanimidad miembro de la Academia en reemplazo de Mr. Laya. Tan honrosa distincion produjo indecible gozo en el alma del que la habia alcanzado, y en el discurso de admision manifestó su gratitud con una expansion de ternura desconocida hasta entonces.

Retirado Nodier desde este glorioso dia de la literatura militante, ocupaba aun la atencion pública por el encanto de su delicado talento; y mientras envejecia el célebre escritor tuvo la singular fortuna de ver aumentada su reputacion de dia en dia, sin que ocupase mas al público con sus obras. Y los salones del Arsenal eran el albergue de la conversacion urbana y de las pláticas sabrosas, tan escasas en el dia como agradables fueron para nuestros antepasados.

En la última noche de su vida trató Nodier de diversos asuntos, mostrándose alternativamente padre de familias y hombre de letras. Conociendo que se acercaba su última hora, dijo á su esposa y á su hija: «Fuerza es separarnos: no olvideis al que tanto os ha querido... Es para mí una felicidad poder bendecir á mis hijos y á mis cuatro nietos. ¿Están ahí todos, no es verdad? ¿Ninguno de ellos está enfermo?... Me alegro. ¿A cuántos estamos hoy?—A veinte y siete de enero.—Pues bien, no olvideis esta fecha.» Y acompañó estas tristes palabras con una de aquellas miradas dulces, serenas y encantadoras que le eran peculiares. Un instante despues llamó á su hija, cuyo talento como escritora ha crecido lozano á la sombra del padre. «Hija mia, la dijo; oye mi último consejo. Lee de continuo á Tácito y á Fenelon, y esto dará aplomo á tu estilo.» Tambien habló del importante trabajo de que se ocupaba para la Academia, lamentándose de no dejarle concluido.

Nodier exhaló el último aliento sin crisis ni convulsiones, y quedó como sumergido en un apacible sueño, del que parecia se iba á dispertar á cada instante.

Apuntaremos algunas líneas sobre el talento y el estilo del ilustre escritor. Se inauguró como tal en una época transitoria para la literatura, entre la escuela de Rousseau y la del imperio: en aquel momento parecia como si las letras francesas, fieles por tan largo tiempo á su orígen severo, decayesen y se afeminasen. Los libros de Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre habian trastornado desde luego la firmeza literaria, y engendrado esa especie de idioma que debia producir en seguida toda la escuela de los melancólicos y elegiacos. Agravó el mal la invasion de la literatura alemana acaudillada por Werter, y aguzó la sensibilidad intelectual de las lectoras francesas. Nodier experimentó como todos aquel influjo novelesco que producia aun mas efecto en el sistema nervioso que en los corazones; y, como ha dicho con mucho acierto un crítico, vino á ser una especie de *Saint-Preux V Vertherizado*, enciclopedista sensible á estilo de Rousseau, y naturalista apasionado á estilo de Goethe. Todo el secreto del talento de Nodier consiste en esa escesiva sensibilidad intelectual, y en esa vivacidad de impresiones, que le sometieron á las distintas influencias de la atmósfera literaria.

Mientras Chateaubriand y Saint Pierre fundaban esa gran escuela fantástica, descriptiva y pintoresca, Nodier abria otra senda, sin duda menos magnífica y espaciosa, pero tambien del todo nueva, fundiendo en el propio molde la fantasía y la poesía que despues se ha calificado de íntima. Bajo este concepto el romanticismo puede gloriarse de que el nombre y el talento de Nodier le pertenecen.

Toda la literatura francesa clásica habia usado y abusado, segun el precepto de Buffon, de los sentimientos y términos generales. La fantasía, que es la imaginacion particular, y la poesía íntima, que vive de las inspiraciones esclusivamente personales, parecen pues el contrapeso del clasicismo, y todos saben las consecuencias extremas á que ha sido llevada esa literatura íntima por autores distinguidos. Nodier, jefe ó precursor al menos de esta escuela, nunca llegó á tal extremo: su fantasía no se inclinaba á la excentricidad, antes bien parecia contenida por los prudentes lazos de la sobriedad *racinianna*, por la templanza clásica.

Mas Nodier sobresale por su estilo entre cuantos han seguido su escuela. Poseía maravillosamente el idioma, era profundo en filológia y se mostró desde luego digno discípulo del caballero Croft, que, segun la expresion del mismo Nodier, «estudiaba el estilo con auxilio de un lente, y habia descubierto el ente simple, el átomo gramatical.» Están conformes todos los críticos en elogiar su facilidad portentosa, su flexibilidad infinita, la graciosa armonía de su admirable estilo, que se desenvuelve como una cinta, sin que termine hasta que el escritor corta la urdimbre, desarrollándose de contínuo y hasta lo infinito, si no lo hiciera de ese modo. Saint-Beuve le llama con mucho ingenio el Ariosto de la frase.

Nodier pasaba con razon en Francia por el hombre que mejor conocia su idioma: la opinion pública le habia señalado como perito ó árbitro acerca de todas las dificultades de la lengua, de todos los equívocos gramaticales que hallarse pueden. Sin pedantería ha sido el mas severo purista de su época, en lo cual se desvía mucho de la escuela moderna.

Solo por esta circunstancia conservará un lugar eminente en la literatura: la posteridad encontrará en Nodier un estilo admirable en época en que tanto escasea, que se han visto desprovistas de él las mas ricas producciones literarias. Como poeta y como inventor no es hoy ni con mucho de los que mas han sobresalido: como escritor se halla en primera fila; y la mayor censura que puede dirigirsele es la de haber poseido un estilo superior á su talento, ó por mejor decir, un genio inferior á su pluma.=F.

TROZOS

DEL RETRATO HISTÓRICO

DE DON ENRIQUE DE ARAGON,

Marqués de Villena.

Obra premiada por el Liceo de Madrid en los juegos florales de 1843.

I.

El espíritu emprendedor y guerrero que animó á todas las generaciones europeas durante la larga série de siglos que conocidos con el nombre de edades medias forman la parte maravillosa y heróica en los anales del mundo moderno, quizá en nacion ninguna tuvo un origen mas justificado y noble que en nuestra España. Invadida la península y dominada la porcion mas apetecible de su suelo por los enemigos de la ley de Cristo, el español nacia soldado, porque solo con las armas podia conservar su fé y la herencia de sus padres, y solo á ellas habia de deber el ensanchar sus linderos: el estado normal entonces era la guerra; los cortos intervalos que se lograban de paz, ó eran el preludio de la lid ó el reposo tras la victoria. Acostumbrado el español á vivir peleando, su carácter se hizo indócil y turbulento, y á excepcion de la ley caballeresca del honor, que cada uno interpretaba á su modo, las otras leyes destinadas á afianzar el bien comun, asegurando el de cada individuo de los que componen la varia y numerosa familia del pueblo, generalmente eran poco respetadas; pues dividida la nacion en monarquías pequeñas, dividido cada reino en tantos estados como ricos hombres contaba; cuando aflojaba la guerra contra los infieles, el rey tenia que emprenderla contra el vasallo para que le obedeciera; el vasallo contra el rey para que se le guardaran sus exenciones; y el caballero contra el caballero para defender lo que era suyo, ó para alzarse con lo ajeno. La discusion judicial se remitia á la espada: cuando la justicia estaba de parte del fuerte, la justicia se ostentaba triunfante; pero el débil, con razon ó sin ella, era oprimido siempre y atropellado. Tentativas habian hecho algunos reyes para investirse de un poder capaz de enfrenar las ambiciones de los poderosos; pero la obra era larga, y cada trastorno político inutilizaba un ensayo. Pedro de Castilla pretendió humillar vergonzosamente á la nobleza; y los nobles acabaron con el monarca: su hermano y sucesor Enrique tuvo que halagar á los que le facilitaron el camino á un trono que no le pertenecia: su hijo don Juan I, desautorizado con los reveses de la guerra de Portugal, que pudo evitar y no supo sostener, carecia del prestigio y fuerza indispensables para conquistar la independencia del trono: Enrique III, un hombre enfermizo y melancólico, pero de carácter entero; diligente y aun codicioso para aumentar el real erario; parco y aun mísero quizá para distribuirlo; diestrísimo en escoger las personas aptas al logro de sus fines; este rey fué el que principió á cercar de mayor esplendor y dignidad á la corona; este el que abrió la senda en que marchó despues entre mil obstáculos Alvaro de Luna, obstáculos que removió al fin la sagaz y atinada política de Fernando el Católico. En la época, pues, de los reyes primero mencionados; en el último tercio del siglo catorce y primero del quince; desde un año antes de la batalla de Aljubarrota, hasta poco despues del paso honroso mantenido en el puente de Orbigo por Suero de Quiñones, vivió uno de los personajes cuyo nombre se ha hecho mas popular en España, y cuya vida y carácter menos se conocen: el célebre don Enrique de Aragon, marqués de Villena.

El notorio descuido de nuestros analistas, particularmente respecto á todos aquellos varones, que respetables por mas de un título, no supieron derramar sangre humana, nos ha dejado sin noticia de la patria de don Enrique, nacido como ya se ha indicado arriba, el año de 1384. Alvar García de Santa María que dió principio á la Crónica de don Juan II, continuada despues por Juan de Mena y Fernan Perez de Guzman, le coloca entre los caballeros *de Aragon* que acompañaron á don Fernando el Honesto cuando se coronó en Zaragoza; pero el propio don Enrique en el prólogo á su traduccion de la Eneida, llama *lengua materna* á la castellana; si no quiso decir con esta expresion que el idioma castellano era el nativo *de su madre*, quedará sentado por lo menos que el marqués fué natural *de Castilla*. La ascendencia de don Enrique no pudo ser mas ilustre: su abuelo paterno don Alonso de Aragon, conde de Denia y de Rivagorza, era nieto del rey de Aragon don Jaime II. Este caballero fué uno de los mas celosos partidarios de don Enrique de Trastamara, quien aclamado, aun en vida de don Pedro el Cruel, por rey de Castilla, dió á don Alonso en premio de sus servicios el señorío de Villena, propio de la reina doña Juana, con cuyo beneplácito se hizo la donacion; pasando esta á don Alonso no ya como simple señorío, sino con el título de marquesado, título nuevo á la sazon en el reino; de suerte que don Alonso de Aragon no solo fué el primer marqués de Villena, sino tambien el marqués primero que hubo en Castilla. Prisionero en la batalla de Nájera por el príncipe

de Gales, aliado del rey don Pedro, tuvo don Alonso para rescatarse que dejar en rehenes á sus dos hijos; para rescatar á estos necesitaba una cantidad enorme de dinero que no pudo reunir sino vendiendo algunas de sus posesiones en Castilla, y tomando prestados del rey don Enrique II 60,000 florines, ademas de otros 50,000 que le dió generosamente para que saliera de cautividad cuando dejó en fianza á sus hijos, que se llamaban don Alonso y don Pedro. Con ocasion de este préstamo, trató Enrique II de casar dos hijas naturales suyas, doña Leonor y doña Juana de Castilla, con los dos hijos del marqués, asignando á cada una de las novias por dote la mitad de la suma que prestó á don Alonso. Cuando los hijos de este llegaron á edad hábil para el matrimonio, ya era difunto el rey don Enrique: don Alonso, el hijo mayor del conde-marqués, se negó á dar la mano á doña Leonor por la mala opinion que tenia; don Pedro casó con doña Juana, y ambos fueron padres del marqués don Enrique, el cual, como se ve, reunia sangre real por las líneas materna y paterna, nieto de un rey de Castilla por un lado y tercer nieto de un rey de Aragon por el otro. En favor de este enlace, el conde de Denia, don Alonso, habia renunciado en su hijo don Pedro el marquesado de Villena; pero como la renuncia fue reservándose el padre el usufructo, y como los treinta mil florines de dote de doña Juana se habian gastado ya años hacia, realmente los casamenteros no daban nada á los contrayentes. Mejor supo el conde-marqués don Alonso negociar para sí, pues por entonces alcanzó del rey don Juan I el título de condestable, dignidad que se estrenó en él tambien como la de marqués, porque antes en Castilla tampoco era usada. El jóven consorte don Pedro necesitó muy poco de los auxilios y mercedes de su padre ó del rey, pues acompañando al último en la guerra de Portugal á la sazon encendida, pereció en la funestísima batalla de Aljubarrota, dada en 14 de agosto de 1385. Huérfano de padre el niño don Enrique, vínolo á quedar de madre despues cuando mas la necesitaba: la marquesa viuda doña Juana pasó á segundas nupcias, casando segun algunos con el infante portugués don Dionís, refugiado en Castilla; otros aseguran que la doña Juana que fué mujer de aquel infante de Portugal, era otra hija ilegítima de Enrique II. El ilustre huérfano se crió en casa del condestable su abuelo; y á lo que se puede colegir del testimonio de un autor coetáneo, casi el niño Enrique se debió su educacion á sí mismo. Fernan-Perez de Guzman en los apuntes biográficos que tituló Generaciones y Semblanzas de los reyes y caballeros de aquella época, dice bosquejando el retrato de don Enrique: «naturalmente fué inclinado á las sciencias y artes mas que á la caballería, é aun á los negocios del mundo civiles ni curiales; ca non habiendo maestre para ello, ni alguno le constriendo á aprender; antes defendiendogelo el marqués su abuelo, que lo quisiera para caballero en su niñez; cuando los niños suelen por fuerza ser llevados á las escuelas, él contra voluntad de todos se dispuso á aprender; é tan sotil é alto ingenio habia, que ligeramente aprendia cualquier sciencia y arte á que se daba.» Si su madre y abuelo hubieran mirado por aquel precoz ingenio con el interés que debian, le hubieran destinado muy luego á la iglesia, estado único donde hubiera podido ser sabio sin peligro, y tal vez utilizar en beneficio comun y propio su sabiduría: abandonado á sí solo, su ardiente amor á las letras le hizo buscar el retiro y huir el trato de los hombres, cuyo conocimiento tan necesario le habia de ser para vivir entre ellos un dia.

Mientras Enrique se engolfaba en el estudio de la poesía ó *gay saber*, de las lenguas, de la historia y de las ciencias físicas y matemáticas, la estrella propicia del anciano conde de Denia iba declinando. Heredado en dos reinos y súbdito á la vez de dos reyes, habia podido mantenerse largo tiempo en la gracia de entrambos; pero por los años de 1390 comenzó á malquistarse con el rey don Juan de Castilla. Parece que el conde-marqués, como otros señores castellanos á quienes Enrique II habia dado señoríos con mero mixto imperio, no consentia á sus vasallos que hiciesen en sus pleitos apelaciones á la corona, ó no las reconocia caso que las hicieran: instruido de esto don Juan, dispuso que los procuradores de las villas y ciudades pidiesen en cortes que cesára este abuso; y el rey declaró en ellas que cualquier litigante que se creyese agraviado en la sentencia dada por el señor territorial, tuviese derecho de interponer apelacion al monarca. Otra causa mas poderosa hizo al conde-marqués entibiarse con el rey don Juan y ladearse hácia el de Aragon, sospechando que necesitaria su auxilio. Comenzó en este tiempo (y acaso antes) á cundir entre los consejeros de don Juan la especie de que no convenia á la seguridad del reino que un estado tan considerable como el de Villena, situado cabalmente á la frontera de Aragon, estuviese en poder de un magnate aragonés, deudo de un rey que podia alguna vez ser enemigo de Castilla. El efecto de estas hablas, y de la ley hecha en cortes, anteriormente citada, se vió á las claras cuando muerto de repente por entonces don Juan, y habiéndose hallado un testamento suyo, hecho cinco años antes, en que nombraba al conde-marqués don Alonso por uno de los seis caballeros que habian de gobernar el reino y ejercer la tutela del rey niño don Enrique III, el condestable don Alonso permaneció en Aragon sin acudir á los repetidos llamamientos que le hicieron sus colegas desde Castilla para que viniese á tomar parte en la gobernacion y real tutela: ni él ni ellos, al parecer, andaban en buena armonía. Resentidos del desprecio los tutores, quitaron al conde-marqués el título de condestable, y él no volvió á poner los pies en Castilla hasta el año de 1394 en que habia salido ya de menor edad Enrique III. Don Alonso pidió al rey que le devolviera la condestablía; el rey propuso á don Alonso que le acompañára en el viaje expedicionario que iba á emprender á Castilla la Vieja; cada cual se negó lo mas cortesanamente que pudo á las exigencias del otro, y separáronse los dos muy ofendidos: todo iba preparando una tempestad cuyos estragos habian de recaer en el inocente marqués don Enrique. Su madre, (y para esto solo hace mencion de ella la historia) su madre contribuyó eficazmente á que estallara el nublado. Ya se ha dicho que el hijo mayor de don Alonso de Aragon se habia negado á casarse con doña Leonor de Castilla, á quien dotó el rey don Enrique II, como á su hermana doña Juana, con la mitad de los sesenta mil florines prestados al anciano conde-marqués. Pidió doña Leonor ante el consejo del rey su sobrino, que le restituyese el prometido suegro los treinta mil florines de su dote, y ganó la súplica; acudió doña Juana al consejo, con igual solicitud por su parte, y el consejo amparó tambien su demanda. Que reclamase doña Leonor su dote no habiéndose verificado el matrimonio, bien se comprende; pero que doña Juana, viuda y con sucesion de su esposo don Pedro, pretendiese la devolucion de la suma en que fué dotada, solo puede explicarse de una manera. Enrique III queria unir á la corona el marquesado de Villena, y necesitaba un pretesto: por la cantidad de treinta mil doblas no podia despojarse al conde-marqués de aquellos estados: importaba, pues, abultar el débito para cohonestar la ejecucion; y el rey seria probablemente el instigador de tan impertinente demanda, cuyo resultado fué que en el año 1496 ocupó don Enrique á mano armada las tierras que poseia en Castilla el conde de Denia don Alonso, menos Villena y Almansa que se hallaban bien defendidas. Dijose que se embargaba y vendia aquel estado para pago de la deuda; dijose que el rey lo compraba, y de este modo el nieto de don Alonso de Aragon quedó desposeido, y el marquesado de Villena (cuyas dos únicas villas restantes vinieron igualmente despues á poder del rey) fué incorporado á la corona: con tan infelices auspicios entró don Enrique en la adolescencia. No obstante; ya fuese por las reclamaciones del abuelo, de la madre ó del interesado mismo; ya por el deseo de justificar una usurpacion tan clara, ello es que mientras el rey Enrique II vivió, se mostró siempre decidido valedor del marqués su deudo, el cual entre tanto mostraba lo que habia de ser toda su vida. Juan de Mena en la crónica de don Juan II caracteriza al marqués con un solo rasgo, diciendo que «fué muy gran letrado é supo muy poco en lo que le cumplia.» Fernan Perez de Guzman añade que «al regimiento de su casa é hacienda era tanto inhábile é inepto, que era gran maravilla: y porque entre las otras sciencias é artes se dió mucho á la astrología, algunos burlando decian que sabia mucho en el cielo é poco en la tierra.» ¡Tristes cualidades por cierto para figurar en una corte, donde (sobre poco mas ó menos como en todas) sin atrevimiento, sin teson y astucia no era de esperar conseguir lo que se apetecia ni conservar lo que por fortuna se hubiese adquirido!

J. E. Hartzenbusch.

TRABAJO INUTIL.

A DON EUGENIO DE OCHOA.

«Quid est quod fuit? ipsum quod futurum est.—»

I

Aflije al hombre grave mal,
le abruma grave yugo:
á Dios anhela hacerse igual.....
su anhelo es su verdugo..

En trono y monte fija al pié:
ya es grande la criatura!
Murió! Lo grande breve fuè:
se hundió en la sepultura.

Del nido al águila sacó:
al fiero leon sujeta:
en llano el risco transformó:
halló, midió el cometa.

Ciudades grandes hizo en fin,
naciones, guerras, reyes:
del uno al otro azul confin
dió al mar y al suelo leyes.

Oh, cuán luciente y bello está
el exterior del mundo!....
la ciencia humana abarca ya
lo excelso y lo profundo.!

Oh asombro! Quien podrá saber
la historia fiel del hombre!.....
Hoy destruir lo que hizo ayer.
Copiar mudando el nombre.

Nacer, sufrir, crecer, ansiar,
mover aguas y tierras....
No es mucho, oh historia, oirte hablar
de pestes y de guerras!

El hombre es quien te escribe y lee;
por cierto es maravilla
que yerre más quien con mas fé
tus laberintos trilla!

Sus planes vá forjando así.....
ay tierra, y cuánto anhela
taladro aún abrir en tí!
ay mar, y cuánta estela!

De buques mil, sin velas ya,
que fuerza oculta mueve,
el agua azul poblando vá,
veloz cual flecha leve.

De un polo al otro, mil á mil,
transporta las personas,
la anchura diáfana y sutil
rasgando de las zonas.

Del alto mar roba al triton
el reino antiguo y quieto,
las espeluncas al leon,
al ave el pico escueto.

Ya en atrevidos globos es
del águila el tormento,
y pone osado entrambos pies
en la region del viento.

Y abriendo montes al tropel
de carros humeantes,
confunde en otra gran Babel
los pueblos mas distantes.

II

De Tiro, Tébas y Sidon
que tanto el mar causaron
las maravillas, ay, qué son!....
La espuma que formaron!

Como acabó la gran ciudad
que alzó su cresta al cielo,
acabará la Humanidad
de fatigar el suelo.

Por mas que el hombre su cervíz
doblar le rehuse al yugo,
no arrojará de la infelíz
humana esencia el jugo.

Aunque imagine deshacer
con lámparas y fuego
el lento y triste anochecer
que deja al mundo ciego,

La noche siempre cercará
al que en velar se empeña;
y luego el sol alumbrará
cuando él se acuesta y sueña.

Qué gran provecho al hombre dió
tanto fingir estrellas?
poner el mundo tal que no
le reconozcan ellas?

En descubrir y en inventar
su mente toda apura,
como el gusano en fabricar
su misma sepultura.

Delirio loco trastornó
su corazon y seso:
su muerte en artes agotó!....
No es mas feliz por eso.

Tormentos fieros, odio vil,
y miedo, y furia ardiente,
le cercan hoy..... hace años mil,
cercáronle igualmente!

Bien puede el mísero mortal
fingirse afortunado:
hoy sufrirá del mismo mal
que en su primer estado.

Contiendas, celos, ambicion,
frenética violencia
de todo siglo parto son,
de todo humano herencia.

Su torpe insidia el malhechor
como Caïn hoy tiende,
como Rubén á su señor
el hijo al padre hoy vende.

Ni blando lecho paz nos dá!
que el ánima despierta
en nuestro cuerpo inquieta está
cual centinela alerta!

Vivimos más porque Cain
sea hombre de fortuna?
tendremos hoy mas dulce fin
por ser mejor la cuna?

Aun en los aires ha de ver
la muerte nuestra huella;
por trasnformarnos y correr
no ha de perdernos ella.

Si pone empeño en disfrazar
el hombre su figura,
la terca muerte á despojar
al hombre se apresura.

Tan bien le alcanza la cruel,
con tino igual le acecha
en ancho mar, en su bajel,
como en la senda estrecha.

Lo mismo en plaza de ciudad,
ó en torre alzada al cielo,
que entre la agreste amenidad
del primitivo suelo.

Lo mismo en fin le traba el pié
en un veloz carruaje
que entero el giro al mundo dé,
y al pájaro aventaje,

Que en el primer jardin de amor;
cuando aire, y fuego ardiente,
y tierra y mar sacó el Criador
de su profunda mente.

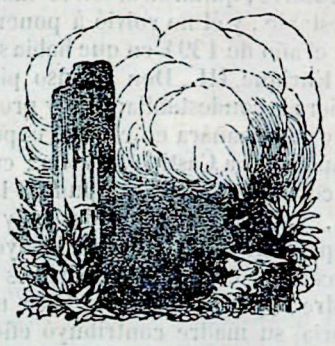
III

Como el que teme y quiere huir
si á su enemigo topa,
y se descubre por cubrir
el cuerpo con la ropa,

Así los hombres por razon
de sus mudanzas locas,
van pregonando lo que son
con manos y con bocas.

En descubrir y en inventar
la vida el hombre apura.....
como el gusano en fabricar
su misma sepultura!

PEDRO DE MADRAZO.



ESPATOLINO.

(Continuacion del capítulo IV.)

Sé donde se encuentra en este momento el terrible bandolero, dijo el anciano: si pronuncio una palabra, dentro de diez minutos estará en el lugar que ahora ocupa mi hijo. Informad de ello al gobierno: decidle que me conceda la absolucion de Pietro y que sabrán por mí el paraje en que se encuentra ahora mismo el azote de la Italia.

—¡Es posible! exclamó con asombro Dainville.

—Es tan cierto como la existencia de un Dios, respondió el anciano con tono solemne.

—¿Sabeis dónde está ese malhechor famoso? ¿decís que puede ser capturado sin demora?

—Digo que está tan cerca, señor Dainville, que diez minutos despues que yo haya revelado el lugar en que se encuentra, podreis decir con verdad: le he visto.

—Anciano, yo os felicito con todo mi corazon: vuestro hijo será salvado, pues no me cabe duda en que su indulto os será concedido en premio de tan importante servicio. Yo mismo voy á comunicar al gobierno vuestra declaracion.—Antes de que me hagais esa merced, repuso Giuseppe, escuchad las condiciones que exijo. No me fio de nadie, señor Arturo: los que como yo han vivido setenta y cuatro años en este mísero mundo, no tienen fé sino en Dios. No me basta tampoco ver yo mismo su indulto firmado por el Rey: es preciso que Pietro sea puesto en libertad, y nada revelaré hasta que no hayan pasado dos horas cabales de su salida de la cárcel: porque si aun estuviese al alcance de la justicia, bien pudiera suceder que le echasen el guante y que pereciese Espatolino sin salvarse Pietro. El gobierno francés no perdona nunca á un italiano: somos hijos de pais conquistado, señor Arturo.

—La desconfianza que expresais, dijo el coronel, solo puede hallar disculpa en la amargura de vuestra situacion: sois padre, señor Giuseppe, y temeis por la vida de vuestro hijo: esto únicamente hace perdonable la injusticia de una sospecha tan ofensiva al gobierno francés. ¿Pero no habeis pensado, pobre anciano, que es imposible que sin otra garantía que vuestra palabra se ponga en libertad al reo?

—Yo prestaré otras, respondió Giuseppe.

—¿Cuáles?—Mi hija María y yo seremos encerrados en un calabozo, y si pasadas dos horas de la libertad de Pietro no sabeis por mí de un modo terminante y positivo donde está el capitan de los bandidos...—Mas digo, si no le habeis visto ya con vuestros ojos, y tocado con vuestra mano, mi cabeza y la de mi hija responden por la de Pietro. No creo que el gobierno conceptúe escasa semejante garantía, pues aunque me haga la justicia de creer que daria mi vida por la del reo, no podrá sospechar por cierto que salvase un hijo culpable sacrificando una hija inocente. En cuanto á mí, sé que cumpliendo el empeño contraido nada tengo que temer; pero, perdonad la suspicacia de un viejo, no tengo igual confianza respecto á Pietro, porque sé que es culpable y que el gobierno francés no perdona nunca.

—Pero no es pérfido ni traidor, señor Biollecare, dijo con calor Arturo: si firmára el indulto del reo, ¿suponeis que fuese capaz de revocarle vilmente despues de aprovecharse de vuestras revelaciones?

—Todo lo creo posible en este triste mundo, señor Dainville: he visto tantas perfidias, tantos engaños, tantas iniquidades! Yo desconfiaria de la misma madre que me llevó en sus entrañas.

—Por ultrajante que sea vuestra sospecha, os prometo que hablaré con el mayor empeño para que se acepten vuestras extrañas condiciones. Id con Dios, señor Giuseppe, y esperad las órdenes del gobierno.

—Os advierto, señor Arturo, que si he de responder de Espatolino, si se desea prenderle es forzosa la actividad: yo sé positivamente dónde estará dentro de cuatro horas y aun dentro de seis; pero si pasa la noche todo será inutil, pues no puedo asegurar donde estará mañana.

—¿Y decís que se halla dentro de Nápoles?

—Sí señor.—¿Y asegurais que será encontrado?—Os he dicho, noble caballero, que podreis verle con vuestros ojos como me estais mirando. Si se escapa no será culpa mia, pues todo lo que puede exigírseme es que lo presente: que diga—aquel es!—¿Y lo hareis?—Lo juro, dijo Giuseppe con acento grave y con la mano derecha puesta sobre el corazon.

—Vuestra morada?—Aquí teneis las señas en este papel.—Bien! volveos á ella, y aguardad la resolucion del gobierno: seré activo.

—Si el gobierno acepta mis condiciones decidle, señor coronel, que envie los gendarmes al instante para que me conduzcan con mi hija al calabozo que se me señale, y que dos horas despues de que me hayan entregado algunas líneas de la mano de Pietro en que me diga *salgo ya libre*, me vayan á buscar y me presenten á quien quieran: diré donde se halla Espatolino; pero no existen tormentos ó suplicios que antes de pasadas las dichas horas logren arrancarme ni una sola palabra.

—Bien, buen anciano, adios.

—Aguardad, señor coronel; para que vuestras diligencias en favor de mi hijo sean mas eficaces y para que alcanceis la recompensa de ellas, debo deciros dos palabras mas.

—¿Cuáles son?—Que sé que amais á la sobrina de Angelo Rótoli y que un infame os la ha arrebatado, en el momento en que su tio os aseguraba mas sinceramente de su cariño.—¿Cómo habeis podido saberlo? exclamó con nueva sorpresa el coronel.—Eso no os importa, pero sí el saber que yo conozco al robador de Anunziata, y sé dónde estaba anoche con ella, por uno que los vió como os estoy mirando.—¿Tienes acaso pacto con el demonio, anciano? ¿cómo has podido averiguar tantas cosas?—Dios, señor excelentísimo, Dios y no el diablo es quien acude al socorro de un padre desventurado, que con lágrimas de sangre le implora en el dia de la tribulacion. ¡Bendita sea su misericordia!—Y cruzados los brazos sobre el pecho y los ojos levantados al cielo, el rostro de aquel viejo presentó en aquel instante una expresion sublime. Un rayo de luz que heria su nevada cabeza, resbalaba sobre su frente ancha y magestuosa, y podria creerse que era como reflejo brillante del pensamiento de religiosa fé que embargaba entonces todas sus potencias.

Dainville se inclinó con involuntario respeto ante aquella figura grave y melancólica.—Padre mio, le dijo apretando su mano: sois sin duda un justo amado del Señor, pues hay en vuestro rostro un

sello divino que no he visto jamás en ningun mortal. Sí, Dios os ha revelado todos los secretos que deben salvar á un pecador arrepentido y á una mujer inocente, que se halla en las garras del vicio. Dios os ha escogido tambien para libertar á vuestra patria del mónstruo que la ensangrienta con sus crímenes. Id tranquilo, anciano venerable, y permitid que imprima con respeto mis labios en vuestra digna mano.

Giuseppe alargó su diestra y respondió conmovido.—Que el cielo os haga mas dichoso que á mí, jóven guerrero, y que cuando el hielo de la vejez cubra vuestra cabeza, aun arda en vuestro corazon, como en el mio, el santo fuego de la fé.

Salió con paso trémulo y Arturo salió tambien un minuto despues, para comunicar al gobierno cuanto le habia dicho el padre del reo.

V.

No se habia engañado el coronel al graduar la importancia que daria el gobierno á la captura de Espatolino. Aquel malvado que tantas veces se habia burlado de todos sus esfuerzos; aquel que aparentaba desafiar el poder de la nacion dominadora de Europa; aquel cuya vida era una mengua para los nuevos señores de Italia, iba á caer por fin en sus manos. ¿Qué precio seria excesivo para tan importante adquisicion?

El coronel Dainville, sugeto de reputacion y prestigio, salia por garante de la honradez y veracidad de Giuseppe, de cuya virtud se tenian de antemano ventajosos antecedentes: excusábanse ademas las extrañas condiciones que imponia, en atencion á su avanzada edad y al trastorno que pudieran haber ocasionado en su espíritu sus actuales pesares: todo se le perdonó, pues, y los procedimientos fueron tan activos que á las nueve de la noche se habian sabido sus proposiciones, y á las diez ya estaba firmado por el rey el indulto del reo, expresando que se le concedia en consideracion al eminente servicio que su padre prestaba al pais facilitando el exterminio de la feroz cuadrilla que le desolaba. El mismo Dainville se halló presente cuando se leyó al reo su indulto, despues de algunas prudentes precauciones que no impidieron sin embargo que se trastornase momentáneamente su razon con una dicha tan inesperada.

El espectáculo del dolor mas profundo hubiera afectado con menos viveza al coronel que la vista de aquella alegría frenética del indultado: era una dolorosa convulsion de placer capaz de ocasionar la muerte. Pietro no comprendió nada de las circunstancias á las cuales era deudor de la vida, solo sabia que estaba libre, que no moriría en el patíbulo, y aun despues de escuchar cien veces que su padre estaba preso y no saldria de la carcel hasta que hubiese revelado el paraje en que se hallaba Espatolino, todavía exclamaba incesantemente: Voy á mi casa al momento: mi pobre padre acaso esté enfermo de la pesadumbre, muy ajeno de sospechar que ya estoy libre y soy el mas venturoso de los hombres. Quiero ver al rey Joaquin, (añadia) y bendecirle en su trono que Dios conserve por largos años. ¡Viva el rey de Nápoles! ¡Viva la Francia! Viva el emperador! Señores, una copa de aguardiente: me abraso: la cabeza se me parte: el corazon no me cabe en el pecho: la vida me asesina!

Estos y otros discursos igualmente inconexos eran interrumpidos por accidentes convulsivos, y en los primeros momentos de su libertad su estado le impidió hacer uso de ella. Sin embargo lograron calmarle algun tanto; obedeció maquinalmente la órden que se le dió de escribir á su padre noticiándole la dichosa mudanza de su suerte, y despues que hubo trazado sin comprender las palabras que le fueron dictadas, Arturo mismo le sacó de la prision diciéndole:—Ya estás libre, Pietro: sé prudente y virtuoso: Dios te guie!

Le puso en el bolsillo algunas monedas y le dejó para ir á casa del director de policía, que era donde debia comparecer Giuseppe dos horas despues á hacer sus revelaciones.

Pietro al verse solo sintió una especie de miedo y echó á correr como un loco tomando, mas por instinto que por deliberacion, el camino de su casa. La luna que estaba ya en menguante no habia salido todavía: eran las once ó estaban próximas, y como todos los sucesos de aquella noche fueron un secreto para el público, nadie habia acudido por la curiosidad de ver el acto de poner en libertad al reo, y las calles estaban bastante solitarias. Sin embargo, al atravesar una de las mas tristes que conducian al apartado arrabal en que habitaba su familia, notó que un hombre de elevada estatura, perfectamente embozado, le seguia con tenacidad empeñado al parecer en alcanzarle: con efecto distaba ya muy pocos pasos de él. Tembló de pies á cabeza el hijo de Giuseppe, pues lo único que se le ocurrió fué que estaba revocado su indulto y que venian á cogerle para volverlo á la carcel. Su agonía con este pensamiento fué tan angustiosa que habiendo querido huir y gritar, solo pudo exhalar un gemido y cayó en tierra como herido de un rayo.

Su perseguidor se llegó á él precipitadamente, y le descubrió el pecho y la cabeza para que el aire puro de la noche le reanimase.—Pietro, le dijo en voz muy baja luego que le vió en estado de oirle: nada temas, soy tu amigo y vengo á salvarte.

—Mi amigo! articuló con débil voz el infeliz. ¡Y venís á salvarme! Pues qué! sois el rey? ¿Habeis sabido que quieren desobedeceros y volverme á la capilla... al patíbulo!

Esta idea renovó todo el horror de su pasada angustia y comenzó á temblar como un azogado, diciendo con las manos juntas: tened misericordia! no quiero morir en el patíbulo, vale mas que me mateis aqui!

—Calla, insensato! dijo con impaciencia el desconocido: mira que te pierdes y me pierdes: vengo á salvarte.

Pietro se enderezó con ímpetu.—Sí, salvadme! salvadme! seré vuestro esclavo: el indulto...

No confies en él, le interrumpió su interlocutor: dentro de dos horas puede ser revocado, y si aun te hallas al alcance de la justicia volverás al horrible lugar de que acabas de salir y que no trocarás sino por el patíbulo. Pero yo puedo y quiero salvarte. Es preciso que cuando suene la hora fatal para ti estés ya en paraje en que no sea posible encontrarte. A cincuenta pasos de aqui nos esperan dos caballos que disputan al viento su ligereza, y si eres callado y dócil yo respondo de tu vida.

Pietro se agarró fuertemente de su brazo y exclamó:—marchemos!

Silencio, pues, y confianza, repuso el desconocido: aligera el paso y sígueme.

Echó á andar de prisa tomando una callejuela oscura y sola, donde no se oia otro ruido que el de sus pisadas en las baldosas, y Pietro le siguió todo azorado, volviendo sin cesar la cabeza, porque le parecia ver en cada sombra la de un terrible gendarme con el brazo tendido para asirle por la espalda.

Conveniente nos parece dejarles continuar su marcha, y como suponemos que el lector, por poco que hayamos logrado interesarle en favor del viejo Giuseppe, estará curioso por saber cómo salió de su empeño, daremos por transcurridos siete cuartos de hora y le conduciremos á la casa del director de policía, á cuya presencia debia comparecer.

Las dos horas iban á cumplirse y numerosos gendarmes aguardaban con impaciencia el momento en que les enviasen á prender al famoso bandolero, que ya contaban por suyo. En efecto, todas las disposiciones se habian ejecutado con tanto sigilo, que era de esperar que aquella vez se lograse el objeto, pues no habia podido ser informado Espatolino por ninguno de sus espías.

El *direttore di policia*, ó jefe político, estaba en su despacho acompañado del procurador general (1) de Arturo Dainville y del capitan de los gendarmes.

—Mirad la hora, coronel, dijo el jefe político.

—Faltan quince minutos para la una.

—El viejo no tardará en llegar: se ha dado la órden de que se encuentre aqui á la una en punto: pero ¿sabeis, señor procurador general, que no puedo abrigar la esperanza de ver en mi poder á Espatolino? Nos ha dado tantos chascos y la caprichosa fortuna parece tan empeñada en su favor, que aun viéndole en el patíbulo temería se me escapase.

—Mi sobrino Arturo por el contrario, respondió el procurador, presta tanta fe á la promesa de su protejido que dice juzga ya tan asegurado al bandido como si le viese en la cárcel bajo cien cerrojos.

—Pero es extraña la condicion del viejo, observó el jefe de policía: ese empeño en dar tiempo al hijo para que huya me parece sospechoso, pues si efectivamente piensa y puede dar aviso cierto del lugar en que se halla Espatolino, no concibo porque haya de temer por el indultado.

—El señor Giuseppe, segun tengo entendido, dijo el procurador, es un viejo caprichoso que nos honra con el mas triste concepto que puede concebirse de los hombres; que cree que los franceses no somos gentes como las demas, sino una especie de bestias feroces siempre sedientas de sangre, y con tal opinion no es extraño sospechase que conseguida la ventaja que esperábamos del indulto de su hijo, le llevásemos á hacer compañía á Espatolino en el elevado puesto que se le destina.

—Todo debe perdonarse, dijo Arturo, á un anciano cuya larga vida ha sido un tejido de desventuras, y que en la amargura del último y supremo dolor que ha padecido, viendo culpable al hijo en quien no habia sembrado sino semillas de virtud, hubiera podido desconfiar del mismo Dios.

—Yo le perdonaría facilmente, dijo el jefe de policía, que pensase de nosotros cuanto malo le viniese al magin; pero temo que todo sea una farsa para salvar al reo.

—¿Olvidais, repuso el procurador, que la vida de su hija y la suya propia pagarian la de Pietro si resultasen fallidos los medios de que se ha servido para salvarle?

—Sé que ha dicho que le ahorquen á él y á su hija si no cumple su promesa; pero como la seguridad de que no habiamos de ejecutar tan atroz venganza...

—¡Como! exclamó el procurador general, incorporándose en la silla en que estuviera hasta aquel momento reclinado: ¿qué quereis decir?

—Tendriais valor para quitar la vida á un viejo y á una mujer por una astucia ingeniosa, empleada para salvar á un hijo y á un hermano? preguntó el otro funcionario cuyo semblante estaba anunciando un corazon bondadoso.

—¿Y por qué no, voto á brios! y por qué no? exclamó el procurador dando en la mesa que tenia delante una fuerte palmada. Si por Dios, os lo juro, les veriais colgados antes de 24 horas.

—El reloj dió en aquel instante la una y al mismo tiempo un gendarme anunció la llegada de Giuseppe.

—Hacedle entrar, dijo el jefe, y vosotros estad prontos á mi primera órden.

La puerta dió paso inmediatamente al anciano Biollecare y á su hija. Esta parecia bastante serena y aun podia advertirse en sus hundidos ojos una vislumbre de alegría; pero su padre andaba mas lenta y trabajosamente que cuando cinco horas antes habia entrado en casa de Dainville, y su talle se encorvaba tanto hacia adelante que apenas se le podia ver el rostro.

—Acercaos, buen viejo, dijo el director ó jefe de policía: ya están corridas las dos horas que pedisteis y vuestro hijo ha tenido tiempo de dirigirse á donde mejor le pareciese. Por ofensivas que hayan sido vuestras condiciones ya veis que todas se han aceptado, y haciendo á vuestra honradez una justicia que habeis rehusado á la nuestra esperamos, con entera confianza en la veracidad de vuestras promesas, las revelaciones que debeis hacernos.

—Quisiera besar vuestras plantas, respondió con voz temblorosa y débil el anciano, que de todo lo que habia dicho el director parecia no haber comprendido otra cosa sino que su hijo estaba en salvo. Dios os bendiga, por la noticia que me dais, pues aunque he recibido una carta de Pietro en que me comunicaba su indulto y libertad, apenas podria creer, señor excelentísimo, una felicidad tan inmensa. Bendiga Dios al Rey, á la Reina, á V. E. y á todas las ilustres personas á cuya intercesion debemos esta merced.

—Supuesto que estais ya convencido, repuso el jefe, de la injusticia de vuestras sospechas, no perdamos tiempo y decid donde debemos encontrar á Espatolino.

Giuseppe levantó penosamente su temblorosa cabeza, fijando con el mayor asombro su mirada atónita en el que acababa de hablar, y Arturo que desde

(1) El procurador general ejercia las funciones de fiscal en las causas criminales.

que compareció el anciano no habia apartado los ojos de él, lanzó en aquel momento un grito de sorpresa.

—Aqui hay un engaño incomprensible, exclamó, un misterio que no puedo explicar, pero este hombre no es el padre de Pietro.

En efecto, aquellos ojos empañados por la vejez, que acababan de levantarse hacia el rostro del jefe político; aquellos espejos turbios en los que el alma no podia ya reflejar sino imperfectamente sus mas vivos sentimientos; no eran los mismos que Arturo habia visto resplandecientes y sublimes, con el santo fuego de la fe y del ardiente amor paterno.

Un momento de silencio habia sucedido á la declaracion de Dainville: el viejo y María se miraban con asombro, y el jefe político, el procurador general y el capitan de gendarmes miraban á Arturo, como esperando alguna otra aclaracion de sus extrañas palabras. El coronel dijo:—señores, repito que aqui hay un engaño, una burla imperdonable: este viejo es un impostor.

—¡Un impostor! exclamó María reanimando súbitamente su marchito semblante por una noble indignacion: mentís, coronel Dainville, mentís y ultrajais indignamente la virtud mas pura! oh padre, padre mio! y se precipitó en sus brazos.

Aquel grito, aquella mirada dejaron confuso á Dainville. La impostura no podia tener aquel lenguaje, aquella expresion: no se llama padre de aquel modo á quien no lo sea. La voz de la naturaleza no puede imitarse.

—¿Quién sois? dijo el procurador dirigiéndose al anciano.

—Giuseppe Biollecare, señor excelentísimo, respondió: todo el arrabal en que vivo me conoce: no sé porque el noble caballero que está presente me ha llamado impostor; pero si en algo le he ofendido involuntariamente le suplico que me perdone.

—¿No habeis estado en su casa, repuso el jefe político, en las primeras horas de la noche? ¿no le ofrecísteis descubrir el lugar en que se encuentra Espatolino y no conseguísteis á este precio el indulto de vuestro hijo?

—El viejo con la boca entreabierta fijaba en aquel funcionario sus ojos empañados y lagrimosos, con una especie de estupor.

—Nada de eso es verdad, dijo por último: nada, señor excelentísimo; yo no tengo el honor de haber visto nunca al caballero que está presente, ni sé donde pára ese perverso Espatolino que sedujo á mi pobre hijo: en cuanto al indulto de este solo sé que debo tan alta merced á una persona poderosa, cuya vida proteja Dios y colme de prosperidades.

—Y vos, dijo el procurador á María, y vos desdichada, cómplice sin duda en esta infame impostura puesto que estuvísteis en la casa del coronel pocos momentos antes que el miserable que tomó el nombre de vuestro padre, hablad! explicad este misterio de perfidia y falsedad, y prepararos al castigo terrible del crimen en que habeis incurrido.

—¡Crimen! ¡yo criminal! exclamó la hija de Giuseppe con un acento y ademán llenos de dignidad: no, señor, jamás mi infeliz padre habrá de llorar por causa mia las amargas lágrimas que ha vertido por mi extraviado hermano. V. E. puede disponer de mi vida; pero nadie, señor, nadie puede ultrajar sin motivo á una pobre mujer por miserable que sea.

—El jefe político tomó entonces la palabra impidiendo lo hiciese el procurador cuyos ojos echaban chispas de cólera, y dijo con dulzura á María.—Te creemos, jóven, te creemos, y en prueba de ello te mandamos que nos expliques este misterio, pues aunque no cómplice debes ser sabedora de él.

—Señor, contaré todo lo que ha pasado, con la misma verdad con que rendiré cuenta á Dios de mi vida el dia en que comparezca en su presencia. Yo fui á casa del coronel Dainville á interceder por mi hermano y nada conseguí: habia anochecido ya cuado la dejé desesperada, resuelta, ¡Dios me perdone el mal pensamiento! á precipitarme en el mar. Iba como una loca por la calle: todos los que encontraba me miraban con sorpresa, porque los gemidos brotaban de mi angustiado corazon por mas que queria sofocarlos. En esto un hombre alto, envuelto en un ferreruelo azul, me salió al encuentro súbitamente y me dijo.—Jóven, ¿por qué lloras con tanta amargura?—Yo seguí mi camino sin responderle; pero él se fué trás mí y volvió á decirme.—Jóven, ¿eres la hermana del reo que está en capilla? Entonces se redoblaron mis gemidos y me puse tan mala que creí desfallecer. El desconocido me agarró por el brazo, pero yo quise desprenderme de él y grité:—¡dejádme! ¡dejádme morir!—¿Y tu padre? dijo, ¿y tu pobre padre? ¿qué será de él cuando haya perdido á sus dos hijos? ¿qué mano amiga cerrará sus ojos cuando deje de existir?

—Aquellas palabras llegaron á mi corazon.—¡Oh padre de mi vida! exclamé.—No me es posible apartarme de vos, repuso mi acompañante, en el estado de desesperacion en que os miro. Vamos á ver á vuestro padre: el desgraciado necesita de vuestros consuelos, y es preciso que cobreis ánimo y que cumplais con los deberes sagrados de hija.

Nos encaminamos á la casa del anciano y el desconocido me hizo muchas preguntas, respecto al delito y proceso de mi hermano, y á la conversacion que acababa de tener con el señor Dainville. ¿Por qué no ha ido vuestro padre con vos á implorar al coronel? me dijo.—Mi padre no conoce al coronel, respondí, ni sabe que yo me he atrevido á hablarle sobre este asunto: se dice que el señor Dainville aborrece á Pietro, y mi padre le cree un hombre duro y malo.

Hablando de estas cosas llegamos á mi casa: mi padre no hacia otra cosa que rezar desde que supimos la sentencia de Pietro: toda la tarde habia estado postrado delante de una estampa de la divina Madonna, y allí le encontré cuando volví. Decidle que un hombre que sabe su desgracia y le compadece con todo su corazòn desea hablarle, me dijo el desconocido. Hícelo así y mi padre le recibió con aquella tristeza profunda, pero resignada, que habia sido su expresion desde el fatal momento en que tuvo noticia de la suerte que esperaba al reo.—Señor Giuseppe, le dijo aquel hombre, veo en vuestro semblante que en esta terrible situacion no os ha abandonado vuestra constancia y que sabeis sufrir como hombre.—Y como cristiano, respondió mi padre: el Hijo de Dios murió en un suplicio afrentoso, y era inocente y santo: ¿qué mucho, pues, que alcance igual desventura á un hombre culpable? Pietro es culpable, señor caballero; por eso ruego incesantemente al Dios de las misericordias que le perdone su pecado, aceptando como expiacion la muerte horrible que va á sufrir, y que vele por mi pobre María, que quedará sola en el mundo.—¿Y vos, señor Giuseppe? dijo el desconocido: ¿no le quedais vos y no tendréis en ella un consuelo para todas vuestras amarguras.—Yo, respondió mi padre, no sobreviviré ni un solo dia á mi hijo: bien quisiera vivir por María, porque será extremada su afliccion, á pesar de que de nada le sirvo: ¡de nada sino de estorbo! Sin mí hallaria acomodo en alguna casa honrada; pero por no querer abandonarme, ya lo veis, caballero.... se muere de miseria.

Mi buen padre lloraba al hablar así; yo estaba arrodillada á sus pies y lloraba tambien sobre sus rodillas: el desconocido nos miraba atentamente y parecia reflexionar. De pronto se levanta, se acerca á mi padre, y le dice:—¿Por qué habreis de perder toda esperanza? Vos que creeis en Dios, ¿cómo no confiais en su misericordia?—De ella espero la salvacion de mi hijo en la otra vida, respondió Giuseppe, pues en esta nada tengo ya que esperar.

El desconocido guardó un instante silencio; parecia muy preocupado; pero dijo por último.—No quiero que acojais con entera fé una esperanza que acaso saldria fallida; mas tampoco puedo sufrir esteis tan absolutamente privados de ella. ¡Giuseppe! ¡María! ¡escuchad! Existe una persona que puede mucho y que desea salvar á Pietro: dicha persona no está desalentada todavía, y el reo puede ser indultado.

Yo arrojé un grito y caí á los pies de aquel hombre, que entonces me pareció un ángel. ¡Oh ilustres señores! no es posible que yo acierte á expresar lo que sentia cuando supe que aun habia quien concibiese esperanzas para mi desgraciado hermano. En cuanto á mi padre, lloraba como un niño y parecia próximo á volverse lelo. El desconocido se afanaba en balde por moderar nuestro júbilo.—No olvideis, nos decia, que la esperanza que os anuncio es muy dudosa.—¡Pero hay alguna! ¡Hay alguna! repetia yo.—No creo, añadió mi padre, que os divirtais á costa del corazon de un infeliz.—No por cierto, respondió, os he dicho y os repito, que una persona que puede mucho se interesa por Pietro, y que acaso dentro de algunas horas su perdon estará firmado. Pero no hay que perder un instante: el tiempo es precioso y conviene dejaros. ¡Atended! no hableis de esto con nadie: esperad en silencio y con ánimo dispuesto á soportar sin flaqueza el extremo de la alegria ó el del dolor, pues todo puede ser. Acaso os llevarán á la cárcel esta misma noche: si asi sucede no os asusteis ni pregunteis la causa: ¿entendeis? es preciso hablar poco, lo menos posible, porque conviene asi á la salvacion de Pietro. Si esta se logra recibireis en el calabozo en que os hayan encerrado, una carta del mismo Pietro, en la que os dirá que sale ya libre. ¡Cuidado con hacer locuras! es preciso tener prudencia y esperar todavía. Luego lo sabreis todo y Pietro estará exento del menor peligro. La persona que vela por vosotros puede alcanzar esta misma noche un indulto del Rey; pero si pasa la noche y no han venido todavía á buscaros para conduciros á la prision... en ese caso... rogad á Dios por el alma del reo. y procurad vivir y consolaros.

Al terminar estas palabras puso sobre la mesa esta bolsa llena de oro, (la jóven la presentó sacándola de su seno), y quitándose el ferreruelo se lo puso á mi padre diciendo.—La noche está fresca y vos muy débil: si os llevan á la cárcel salid bien abrigado con esta capa, y encasquetaos el sombrero hasta las cejas.

Se marchó precipitadamente; pero aunque al despojarse de su abrigo no descubrió sino un traje muy sencillo de marinero, bien comprendimos que era un gran señor disfrazado, así por el mucho oro que nos habia dejado y por el conocimiento que tenia de lo que habia de suceder, como por su aspecto distinguido. No os molestaré, ilustres señores, con la relacion circunstanciada de las muchas conjeturas que hicimos sobre quien sería la persona poderosa que se interesaba en salvar á Pietro: mi padre no se fijaba en ninguna; pero lo que yo creí y creo que no es otra que la misma Reina, pues dicen que tiene un corazon compasivo. ¿Y quién sino ella podria tener tanto influjo en el Rey que hubiese logrado hacerle firmar el indulto en esta misma noche? Por otra parte, el desconocido tenia aire de ser algun gentil hombre de palacio; acaso fuese el ilustre...—No hay que nombrar á nadie sin necesidad, dijo el viejo interrumpiendo á su hija: lo único cierto es que aun no habian pasado dos horas completas desde que nos separamos de aquel excelente y generoso señor, cuando los gendarmes llegaron á buscarnos para conducirnos á la cárcel. Cuando vimos cumplida esta parte del anuncio del desconocido ya no dudamos de lo demas, y no sé como no me mató el regocijo: ¡Bendito sea aquel que envia al hombre fortaleza para soportar las supremas desventuras y las supremas felicidades! Continúa, María, porque yo no puedo hablar. Lloraba el anciano.

—Fuimos á la cárcel, dijo la doncella, nadie nos habló ni nosotros hablamos con nadie hasta una hora despues que recibimos esta carta de Pietro.—María sacó un papel y leyó.

«El Rey ha firmado mi indulto, padre mio, y os aviso que en este instante salgo de la prision, pues se me deja en completa libertad. Vuestro hijo

PIETRO BIOLLECARE.»

—Mi padre se puso de rodillas y oró con fervor: su alma religiosa volaba al cielo para dar gracias á Dios de tan inmensa ventura; mas yo bendecia tambien al Rey, á la Reina y al caballero desconocido.

Esto es cuanto ha pasado, nobles señores, pues á nadie hemos visto hasta el momento en que nos sacaron de la prision para traernos aquí.

La relacion de María tenia un carácter de verdad que era imposible dejase duda de su inocencia: los circunstantes se miraron asombrados unos á otros.—¿Quién era aquel desconocido que pronosticó con tanta exactitud todos los acontecimientos de la noche? ¿Quién el anciano que se habia encargado de representar el papel de padre de Pietro en aquella ingeniosa comedia?—Estas preguntas se dirigian recíprocamente y nadie contestaba. Se preguntó á María la edad del desconocido y dijo que aparentaba de 35 á

38 años.—El impostor que estuvo en mi casa, añadió Dainville, tenia por lo menos 70.

Un gendarme avisó en aquel instante que pedia permiso un esbirro, ó sea agente de policía, para dar un aviso importante al jefe político.

Esto va á aclararse sin duda, dijo el funcionario, y se mandó entrar al agente. Era Rótoli.

Señor director, dijo, un hombre desconocido llegó á mi casa de Pórtici: yo acababa de entrar en ella y me preparaba á meterme en cama; pero lo que aquel sugeto me dijo me obligó á venir incontinenti á entregar á V. E. esta carta, cerrada con tres sellos. Diómela el mencionado individuo, que parecia por su traza persona decente, y me dijo: pues sois de la policía, haced un singular servicio, seguro de que sereis recompensado. Entregad á vuestro jefe esta carta antes que haya pasado la noche: la hora no importa pues S. E. vela hoy y se halla ocupado en un asunto importante y complicado, que será esclarecido y terminado con el auxilio de esta carta. Respetad el misterio de mi conducta, y sabed que de no ser entregada esta carta pueden resultar irreparables daños, privándoos vos mismo de un descubrimiento que os interesa.

—Me dejó la carta y se fué, señor excelentísimo.

—Dadmela, dijo el jefe, y abriendo aquel pliego misterioso precipitadamente, leyó en alta voz en medio del profundo silencio de sus atentos auditores.

Señor Excmo.: en el momento en que esta llegue á vuestras manos ya habreis sabido que el anciano infeliz que fué encarcelado, no es el mismo que tuvo el honor de hacer al gobierno una proposicion que se dignó aceptar. Yo tengo demasiada buena opinion de su justicia para creerla capaz de descargar su indignacion en un inocente, y mas cuando el verdadero culpable va á delatarse á sí mismo. Si, señor excelentísimo, repito que Giuseppe y su hija han sido, como vuestro digno amigo el coronel Dainville, víctimas de un engaño, del que soy único fraguador.

Aunque me llamo culpable, pido á V. E. tenga á bien advertir que solo lo soy por haber usurpado el nombre de otro; mas no por haber proferido la menor mentira en cuanto tuve el honor de expresar al ilustre coronel.

Estoy demasiado agradecido á la eficacia de S. E. para que no me apresure á cumplir todas las promesas que le hice, comenzando por aquella que mas debe interesarle. Prometí que le declararia el nombre del raptor de su querida, y que señalaria el paraje en que la habian visto en la noche de ayer. En efecto; de nueve á diez de dicha noche dos personas se entretenian en animado coloquio á las orillas del lago Averno: la una era mujer y su nombre Anunziata: la otra era su raptor y se llama... Espatolino.

Respecto á la promesa de descubrir el paraje en que se hallaba dicho sugeto en el instante en que yo tenia el honor de hablar á S. E., el mismo señor Dainville conocerá cuando lea esta carta que lo he cumplido religiosamente. Aseguré que aquel capitan de bandoleros estaba tan cerca que diez minutos despues de haber yo declarado el sitio en que se encontraba, S. E. podria decir con verdad, le he visto, le he tocado... y en efecto, S. E. puede decirlo desde ahora con toda certidumbre; así como puede vanagloriarse de haber sentido los labios de S. E. imprimirse con respeto en su homicida mano, vuestro humildísimo servidor

ESPATOLINO.

(*Se continuará.*)

G. G. DE AVELLANEDA.

UN TIPO EN NAVIDAD.

EL HIJO DEL MENESTRAL.

Hay en la vida un espacio, un periodo intercalado que no se parece á nada sino á sí mismo; que se diferencia notablemente de lo que le precede y le subsigue y por el cual no se podria conocer ni lo uno ni lo otro. Hablo de esa edad media entre la niñez y la juventud, en que desaparecieron todas las risas y los llantos de la infancia, y todavia no han llegado los amores y la fiebre de la juventud. Esta época á que me refiero tiene su existencia propia, sin deberle nada á la de antes ni á la de despues. En ella las medias tintas dan por resultado un tipo que me propongo describir, presentándole por una de sus faces y en una de las escenas porque se vé obligado á pasar. En todas partes, en todos tiempos se encuentra; pero nunca tan bien caracterizado como en Navidad. Su padre es zapatero, pero adocenado. No ha tenido la habilidad de salvar las sinuosidades pedestres del prójimo, ni sus protuberancias. No ha adquirido esa nombradía, necesaria para hacerse rico y que es un salvoconducto para hacerlo mal y caro, esa fama casi siempre infundada de que el *artista* sabe sacar provecho, y siempre á costa del menos ridículo y con beneplácito del que lo es mas. Este zapatero pone todo el año á sus parroquianos el mejor material; les cose el calzado á conciencia; les lleva por él lo menos posible; pero á pesar de esto tiene la desgracia de que al parecer en otro tiempo hubo de dar una palabra y no la cumplió, y lo que en otros es gracia á él le produjo un resultado fatal. Cundió la voz y la grey elegante, para quien es á veces de suma importancia un par de botas por la sencilla razon de ser las únicas, (y es bien sabido lo que vale en ciertos casos la oportunidad), la grey elegante pasa por su puerta, sin hacer caso de aquel colosal letrero que la termina por arriba de—*Maestro de obra prima*. Mi hombre trabaja todo el año, ya de primera intencion, ya en composturas, ya como sale, menos las fiestas de su oficio, de su particular calendario, y á pesar de todo, cuatro hijas, un hijo zagalon y una vetusta consorte se lo comen por el pié, que á decir verdad es el punto menos resguardado de un *maestro de obra prima*. Así que por vísperas de Navidad tiene que hacer un gasto extraordinario, tremendo y que lo deja condolido hasta julio. Este gasto es hacerle ropa al chico. ¡Le sirve de tanto! Fué á la escuela y dicen que aprendió á leer, aunque el no está muy seguro. Fué á estudiar gramática con el mejor deseo tal vez, pero era muy niño sin duda y se quedó con él. En fin, á los once años dejó los libros, ó mas bien, se convenció su padre que los tenia dejados, y lo fijó en su taller para enebrar cabos, mojar suelas y machacarlas, machacando á la vez la paciencia de los vecinos.—El primer medio año era transcurrido en su nuevo teatro, y la primera navidad casi llegada, y el padre, el buen padre caminaba hácia una tienda de paños, para que el hijo pudiera permutar sus endebles calzones de lienzo por otros mas compactos. Todos los paños le parecian delgados: todos de poca duracion: todos caros. Al fin se arrestó; se decidió por uno y compró lo bastante para un pantalon y una chaqueta. Mi hombre que conocia todos los inconvenientes de tener que habérselas con sus camaradas, llevó el bulto en derechura á su casa, y lo puso en las faldas de su hija mayor. ¡Ah! Muy bien hecho. Tenia esta muchacha un talento especial para la tijera. Inclinaciones, instintos que se adquieren en el primer periodo de la creacion individual. Era la mayor, y en esto salió toda muy parecida á su padre. Este se inclinó á las suelas; aquella á las papalinas.—«Mira, Pepa: córtale esto á Simon y cosérselo entre todas. Que no te se olvide guardar retales para remiendos, que ese diablo parece que tiene lesnas en las rodillas. Por los de verano te puedes guiar.»—«Si, como que yo los necesito.»—«Ya, ya lo sé; pero si te ocurre alguna duda puedes consultar á ellos.»—«¡Para él vestido nuevo, completo; para nosotras nada!»—«No puedo: este año todavia no ha llovido, y ya ves cuan necesario es que llueva para un zapatero. Sin barros estamos perdidos.» De mala gana Pepa desdobló el paño y le pasó la mano en todas direcciones... «Es muy bueno, hija mia, ¿es verdad?»—«Si señor, muy duro, y luego se rompe una los dedos.»—«Vesle á comprar á ese derrochon paño fino de cuarenta reales. Bastante le duraria.»

Pasó el tiempo, y las hermanas cose arriba, cose abajo, puntadas van y agujas vienen, dieron al fin por concluida su tarea: tarea que principió por tirar unas cuantas líneas con yeso, hacer tiras y talabantes el paño, y coser por la vigésima vez lo que diez y nueve veces se habia descosido.

De ver era en todas estas trapisondas á mi buen Simon no hacer nada de provecho, ni asistir á la tienda, ni dar bien los recados, ni servir de otra cosa que de sinapismo á sus hermanas.—«Que le pongais bolsillos..... No me lo vais á concluir para la noche buena.... Esos botones son pequeños... Toma, Pepa, estas trabillas de baqueta para que me paren estirados.»—«Anda al demonio tú y las trabillas: no parece sino que piensas te van á llamar destrabillado ó temes que te se caigan los zapatos. Déjanos en paz, mira que no te se acaban.»—Simon entonces calla, pero refunfuña, gruñe y pone mal gesto. En el interin descorteza y alisa con la cuchilla una vara, le hace labores, las pinta con betun y prepara así en mal hora un adorno que al fin y al cabo ha de venir á romperse tarde ó temprano en sus salientes homoplatos.

Con estos preparativos era feliz, muy feliz mi Simon; pero los dias se le hacian siglos. La tardanza era lo único malo que sufria, sentado en su silla, puestos los talones sobre los palos de otra, la barba sobre las manos, y los codos sobre las rodillas. La madre entretanto le prepara una agradable sorpresa. En sus alzados encontró un trozo de tela de seda tornasolada, de un vestido de su época, de sus primeros verdores, y cátate que se viene á lo mejor con la pretension de que podian sacarle un chaleco. Aquí fué ella: todas se negaron. La una «no hay bastante,» la otra: «eso puede servir para zapatos:» la otra, «yo lo tenia guardado para hacerle una bolsa al padre para los avíos de encender,» y á todo el hijo daba solucion.—«Ponle piezas:—es muy flojo y tú tienes el pié muy grande:—el padre gasta fósforos.» Razones concluyentes, cuando tenian de su parte la autoridad de una madre que decia, «yo quiero que luzca mi hijo lo que yo lucí cuando tenia su edad» y la

pesadez exigente de un angelito de doce años, á quien le enseñan y no le quieren dar. No hubo forma.

Llegó la noche buena, y á pesar del besugo y de la lombarda y del turron, uno solo dejó de cenar aquella noche en aquella casa: Simon, que al ver ya próximo el término de sus fatigas, perdió el apetito presente, pero precavido guardó el turron para el apetito futuro. Al lado de su cama ya el pantalon con trabillas, y la chaqueta con bolsillos y el chaleco nuevo, y la camisa almidonada, y los zapatos, que gracias al hijo de un parroquiano que los devolvió por que le venian grandes, él se proponia estrenarlos, y el baston de acebo, y doce años, no pensó ya sino en dormir, y buenas noches. Las hermanas fueron á la misa del Gallo con el vecino, y el primo del vecino, y el amigo del vecino, y la madre que se dormia, y buen viaje les dé Dios que es noche de eso, y siendo buena ellas no la han de ir á pasar mala.

¡Qué frio tan atroz hacia por la mañana! Era el rescoldo del frio. Era un frio pasado por tamiz, siendo el tamiz el Guadarrama. Un frio latente: de aquellos que apenas se perciben y solidifican la sangre y hasta el calórico. Frio *sui generis*, y tal que parece se lleva la ropa con innumerables agujeritos tamaños como los de una criva. Frio hipòcrita: de Madrid en fin. A pesar de él Simon se levantó temprano, y aun se asegura que mas de una vez entre sueños alargó su brazo y tentó la acartonada camisa, operacion que le produjo un espeluzno. Su primera mirada fué, como no podia menos de ser, á su nuevo equipaje.—«Ven acá Simon, le dijo la madre aun no bien despierto; hoy es necesario que se ocupe de tí la policía de ornato. Hoy debes estrenarlo todo, y esa cara de mugre que llevas sobre la tuya es fuerza que desaparezca. A tus hermanas te entrego. Yo dirigiré la faena, pero no nos impacientes.»—«Pero que no me hagan mal,» interpelaba entre compungido y temeroso. En esto sus hermanas ponen mano á la obra. Con agua fria, lienzo casero y brazo rígido, restregon por aquí: frotamiento por allá: chapoteo por acullá. Ya le respingan las narices: ya le hacen saltar lágrimas: ya le desuellan el colodrillo; ya... lo que es peor, se meten escudriñadoras en ese laberinto, en ese caos de las orejas, y con el trapo solo le hacen cosquillas, y con el dedo y el trapo le hacen mal, y se las revuelven, y se las desdoblan, y se las ajan, y por los perfiles, y por detrás, y por todas partes llega aquella providencia pulcra que tan bien representaba la dichosa Pepa. El agua era á la temperatura ordinaria de diciembre, y manejada con buen deseo ¿qué habia de suceder? Saltó aquella capa cortical que cubria el rostro de Simon, y esta piel virgen, nada acostumbrada á tales impresiones, se resintió como era preciso, y se enrojeció de la novedad; pero las hermanas quedaron satisfechas de la gloriosa cima que supieron dar á su dificil empresa, y el paciente lo fué menos, porque mientras duraron aquellos descomunales rozamientos él se hizo la ilusion de que no le hacian daño y de que aquello lo llevaba consigo el traje nuevo. Las manos fueron objeto de otra operacion. Ya le quitan la pez con aceite: ya le quitan la tinta con limon: ya le quitan el aceite y el limon con arena y con salvado: ya le dejan en fin los dedos como tomates, las uñas retusadas y los nudillos con sabañones. Son fatales estos vichos: pican y escuecen y duelen; y el frio es malo para ellos, y el calor mas, y se apoderan de uno y no le dejan, y no hay medio sino sufrirlos.

Cátate ya á mi buen Simon en la peripecia. Los zapatos no le entraban; pero al padre le podian ir

con esas. Tira de aquí, tira de allí; á fuerza de empujes opuestos y de movimientos discordes los acopló, no sin que el contrafuerte se arrugára un poco, ni sin que los dedos se apiñáran un mucho. Las hermanas eran de opinion que le venian pintados, pero el talon del hermano y los falanges de sus dedos, á poder pensar, pensarian de otro modo. Al fin se viste de pies á cabeza. Las trabillas eran estrechas y largas, y sin embargo no lo eran tanto como el pantalon exigia, de modo que aun le tiraban y hacian arrugas. Los hondillos eran bajos y por consiguiente no tenian tiro, y el pobre Simon no podia abrir las piernas. Teniendo en las manos sabañones, ¿quién es el valiente que se abrocha un pantalon nuevo? Con mas razon éste que se habia empeñado la Pepa en que ajustára bien de cintura. Con el laudable fin de que no se descosiera, habian las costureras tomado bastante tela, de modo que las costuras eran de un dedo y hacian un admirable efecto para la duracion, pero infernal para las entrepiernas. La chaqueta era otra cosa. Justa al cuerpo; un poco desbocada del cuello, pero bien armada. Solo habian andado escasas en la sisa, probando asi que no eran sastres, y apretaba un poco al sobaco, que por la coincidencia fatal del sistema de costuras que se habian las hermanas propuesto, dificultaba la caida de los brazos, y lo que es peor, la circulacion; pero ya se sabia la enmienda para despues de Reyes. La camisa habia tomado el almidon desproporcionalmente y los pliegues del cuello habian cargado con la mayor parte. Seco ya con la plancha, y casi cristalizado, cada trozo era una tachuela, cada pliegue un cilicio. El chaleco era la mejor pieza. Un poco corto de espalda y escaso de pecho; pero por lo demas, aunque ancho de cintura, no habia que pedirle. Simon así equipado, debia ir á dar las pascuas á un compadre, y llevar de camino unas botas á don Judas, á quien el padre calzaba desde inmemorial: hombre muy exacto en sus pagos, eso sí, pero que no daba momios. Jamás habia picos con él, y tenia monedas de todos calibres. Era su estudio que todo le viniera pie con bola. Asi fué tambien esta vez: la cuenta pelada y no otra cosa. El compadre se portó mejor. Le dió una peseta; pero ¡qué fatalidad! La habia ofrecido á sus hermanas por la tarea que se tomaron en su obsequio, sirviendo de intervencion la buena madre.

Cumplió su cometido con exactitud; pero síganle mis lectores y le verán una mano en el bolsillo, la otra yerta, amoratada y apretando apenas el culebreado baston, ambas con rampa; patiabierto porque la fatal costura habia hecho su efecto; el maldito contrafuerte era tan duro que podia mas que su duro talon; las orejas tiesas, cárdenas; la nariz... como están todas las narices del mundo cuando hace mucho frio y no se tiene á mano pañuelo. Fortuna que Simon *acudia con el revés de la mano y no con la chaqueta* porque era nueva. El cuello parecia en su movilidad al de un conejo de esos que hacen de yeso :mate los de los santos bonitos y que tienen aquella pieza en equilibrio. De todos modos le hacia mal el almidon. De ninguno estaba bien. Siempre la tachuela en todas direcciones: siempre el cilicio encima.

Así vá á la plaza mayor. ¿Y á qué? ¡Ruin don Judas! por tí está padeciendo este pobre el suplicio de Tántalo. ¡Qué turron tan rico! ¿A quién no le gusta el turron? Ni será zapatero, ni tendrá la edad de Simon. ¡Qué bocados, qué mordiscones mentales le tiraba al mazapan, á los bollos! ¡Qué dedadas, qué chupetones á la miel de la Alcarria! Pues no digo al duro de Alicante: ¡cómo lo recrujia!... Mírenlo Vds. por detrás y no le distraigan. Acuérdense solo de que la noche buena no habia cenado.

Así; en una estática posicion, relamiéndose, sufriendo impábido los encontrones duplicados; siendo su pobre y desollado individuo el punto de choque de potencias opuestas, de movimientos encontrados; tentando y retentando la peseta del compadre, porque las otras las tenia separadas, y verificándose en su alma el mismo mismísimo contraste, el mismo mismísimo zarandeo de que era víctima su cuerpo; indeciso entre su palabra y la peseta, entre el turron y sus hermanas, estuvo horas y horas, y hubiera estado mas si un desacertado pie no se hubiera colocado encima de uno de los suyos y sacádole de su arrobamiento. Sucede muchas veces, que en medio de una lucha de opuestas pasiones y trascurrido mucho tiempo en la indecision, un movimiento extraño al objeto, una razon que ni lo es ni puede serlo para el caso y que surge allí como por escotillon, da empuje á las ideas y decide. La pisada fué aquí el golpe de cachete de su combatida resolucion. Tras un quejido acerbo, penetrante, y un voto entredientes, silogismó así: «Me han aplastado un dedo, luego yo debo gastar la peseta.» Consecuencia sin réplica en aquella ocasion, terminante.

¿Qué comprará que le dure mas, y le llene mas, y le guste mas, y sea mas de la época? ¿Qué? Turron duro primero; despues turron blando; luego..... le quedaban pocos cuartos y no pudo seguir comprando turron, pero le dieron por el resto dos zapatos de mazapan del rico de Toledo, que se chupaba uno los dedos. Tarascadas á este, mordiscones al otro, bocaditos á las puntas de los zapatos para que quedáran de moda; á este quiero, á este no quiero, todo al fin lo quiso, y pasó el tiempo y pasó la peseta, y pasó el turron, y el mazapan, y todo pasó menos el apetito de Simon. Se acuerda entonces que llevaba mas dinero en el otro bolsillo, el de don Judas, ó mejor dicho ya, el de su padre; pero con este no habia que andarse en burletas. Huyendo de nuevas tentaciones, y por evitar nuevos conflictos, sin tocarlos siquiera, corrió; pero no, miento, que no le era posible, se movió como pudo, en direccion á su casa, donde llegó al fin. Allí fué ella. El padre le esperaba hecho un basilisco. En celebridad del dia dicen, pero de seguro, porque esperaban las hermanas la peseta, escondieron el tirapié, pues se pensaba hacer de él un mal uso: lleno de cólera el maestro de obra prima y al ver la cara del hijo, reluciente, pringosa y almibarada, le plantó dos ó tres moquetes porque se habia tardado unas tres horas, y pareciéndole al hijo imposible y atestiguando con el reloj de la calle de la Montera, se permitió contradecir á su padre. «¡Tú desmentirme, tunante, desagradecido!» y le repite la dósis. Pensando Simon muy oportunamente que el dinero es el calmante por excelencia, echa mano á su bolsillo para arrojar las monedas, como si dijéramos, al Cancervero; pero ¡ay hijo de mis entrañas! ¿qué te sucede? En vano busca en el uno, busca en el otro, alarga los dedos por los rincones, invierte ambos para cerciorarse de que no estaban descosidos, pasa la mano por toda la orilla de la chaqueta, hasta debajo del primer ojal escudriña, allí creyó hallarlos, pero era la costura..... ¿Dónde están? pregunta el padre, ¿qué has hecho de ellos?» «No lo sé, exclama Simon, y asi tan sin defensa se entrega al destino y á lo que viniera encima. Don Judas era un exacto pagador.—La cara de Simon reluciente lo delataba.—Las tres horas trascurridas eran una semiprueba. El faltar el dinero era el complemento, la prueba plena.—Este proceso se formó en la cabeza del fabricante de botas en menos tiempo que yo le escribo, saca la vara ovalo-breada y le sacude uno, dos, que fué una maravilla.

En vano gritaba la madre. ¿«Pero se ha de haber comido el muchacho tres duros de turron?» «Sí, que tiene tripa de lobo.» «No, padre por Dios, cuatro, cuatro no mas.» «¿Lo vés? que se comeria cuatro»... Aquello era una barahunda. Nadie se entendia. Fortuna de que al segundo palo se habia roto el arma por una de sus labores. Sentimiento fué sin embargo; pero si habia de ser al octavo mucho mas le valió que fuera al segundo.

Calmados al fin resultó que al bondadoso Simon en su éxtasis se los habian quitado, y milagro que no le llevaron tambien la peseta. Milagro debido á que no sacó de aquel bolsillo la mano hasta el momento de pagarle al turronero. Con este percance se le agrió el mazapan y hasta la ropa nueva. Su padre tenia razon de sobra. Espera que te espera el importe de las botas para ciertos gastillos menudos, que siempre se ocurren en primer dia de Navidad y el embobado Simon sin acordarse, sin traerlos.

Llegó la hora de comer y con todo el rescoldo y mal talante de sus calientes costillas, se puso á la mesa. ¿A que he de describirla? Por lo dicho cualquiera sabe lo que seria en páscua la mesa de un maestro de obra prima. Simon atracó de pura rábia; pero alterada la digestion del mazapan, todo se torció y como sucede en la masa: la levadura todo lo pone ágrio y en el estómago de este pobre habia una no pequeña porcion de tal fermento.

Como las tardes en diciembre son tan cortas y

los dias resbalan y se escabullen llegó la noche antes que se imaginaban y sorprendió á la familia jugando al burro con castañas. Al hermano no se le habia permitido tomar parte en el juego; pero él la tomaba en la moneda corriente, y de la falda de Pepa, que era una pazguata para todo menos para cortar calzones, una ahora, otra luego, otra mas tarde: ya la que le dán, ya la que se cae comió muchas sin saber que comia, y hubiera comido acaso hasta reventar si en un momento de aquellos de amable confusion en que á una hermana le cogieran el tres, y otra despavila la luz, y le tiembla el pulso de risa, y él dirigia su lista mano á la cóncava falda de las castañas, acaso con poco tino, no hubiera sucedido una escena digna de contarse. La descuidada Pepa puso mientes á donde le bullia una mano: se figuró.... yo no sé lo que se figuró; pero lo cierto fué que dió un grito tremendo; asustó á los concurrentes; se levantó; se levantaron; retiró Simon la mano atrevida, y dió un revés al velon, cuyos mecheros al rodar sobre el eje con una velocidad suma describieron varios círculos, y dejaron indelebles otros varios concéntricos de aceite, mitad sobre la mesa, mitad sobre la ropa nueva.—«Tú tienes la culpa.»—Esta fué la única frase que se oyó, repetida por todos los concurrentes dirigiéndose á Simon, y dicha por Simon dirigiéndose á cada uno de los concurrentes.

La madre fué la única que varió la fórmula.—«Pícaro... quítate los calzones. Traed greda y embarrarlos.»—Obediente Simon echó al aire las pantorrillas. Hubiera querido acostarse; pero el primer dia de pascua se levantan tarde las camas casa de un zapatero y se hacen mas tarde todavía; así que la de este pobre no estaba preparada. Sufrió frio; sufrió insultos; sufrió burletas; sufrió invectivas sobre la delgadez de sus piernas; sufrió la amenaza de otra paliza cuando el padre lo supiera; sufrió aquella noche una pesadilla; le produjeron un cólico las malditas castañas; sufrió en fin tanto como daño habia ocasionado el aceite á su pantalon. A otro dia no salió el sol y no se secó la greda: tuvo que ponerse el pantalon de lienzo... ¡Qué feo le pareció entonces! Aquel mismo que dos dias antes lucia, ya ni tolerarlo pudo. Para estos tránsitos del mas al menos no hay filosofía que baste...

¡Cuánta ilusion perdida! Navidades desgraciadas fueron para Simon. Pero yo quisiera saber si las hay felices para alguno de la edad, del temple, de la categoría de mi tipo; del hijo de mi menestral. Por fas ó por nefas vienen siempre á pagarlo todo; y ya de un modo ya de otro, lo cierto es que siempre se les agua la fiesta.

FRANCISCO RAMOS.

Madrid 26 de diciembre 1843.

EL CARNAVAL DE MADRID.

Geniales ante quadragenarium jejunium dies.

No tengo yo por buena señal empezar mis artículos en latin, pero creo que es preciso empezarlos de algun modo, puesto que es preciso escribirlos: y para que la virtud se encuentre en el medio es indispensable que haya extremos, sean ó no viciosos; pues sobre ese punto mucho pudiera decirse, si fuera preciso decir algo, ó no se pudiera dejar para mejor ocasion; *et sic factum*..... y como lo pensó lo dijo, y como lo dijo..... etc.

El carnaval no tiene nada que echar en cara á la cuaresma: primero porque esta es un perfil de bacalao sin cara, y segundo porque tan gastrónomos son los que se atracan de truchas en semana santa, como los que tragando lengua de vaca y jamon, mueren de apoplegía en carnestolendas. Y yo tengo para mi que los ayunos de la cuaresma, como consecuencia gastronómica del carnaval, no pasan de ser una regla higiénica tanto mas util al penitente bromista, cuanta mayor sea la necesidad que tenga de dieta y menor hubiese sido su abstinencia en la temporada de la careta. Pero dieta y abstinencia son palabras que no se hallan bien en este artículo y quedan excluidas sin apelacion de cesantes ni viudas pobres. Muchas gentes se incomodan cuando oyen decir que no hay dinero y quisieran saber de donde sale el que se gasta en esos dias; á mi no me gusta lo primero porque todas las realidades me amargan; pero tengo bastante con saber que se gasta sin cuidarme de lo demas. Nosotros vamos á gastar unas cuantas líneas en decir unas cuantas cosas del carnaval, y para no extraviar con digresiones pesadas la buena fé de los lectores, aqui termina el prólogo diciendo:

QUITÉMONOS LA CARETA.

No dejará de parecer extravagancia quitarse la careta cuando todos se la ponen, esto es, cuando empieza el carnaval. Sin embargo nada hay de gustos escrito, y cuando uno hace una cosa, estudiada se la tiene:

«Medio mundo se rie
del otro medio,
y yo sola me rio
del mundo entero.»

Ahora que todos se disfrazan y se cubren y se enmascaran, y hacen estudio de hablar en falsete, nos conviene á nosotros salir al mundo tal cual somos, sino tal cual nacimos (por la honestidad y los sastres). Hablar clarito, dejarnos *embromar* por las chicas bonitas, decir un *desengaño* (1) á las viejecitas adobadas y empezar la historia desde el dia de san Anton.

Lo primero que hacen los aficionados al carnaval es tomarle la filiacion hojeando el calendario para ver si cae *alto ó bajo*; si por la talla resulta liliputiense es señal de vida corta y conviene aprovechar los momentos antes que el miércoles de ceniza nos enseñe el rostro escuálido de la penitente quintañona; si se halla en el segundo caso da esperanzas de mucha vida, y no hay tanta prisa. En ambos extremos se toma san Anton la molestia de romper el baile, y desde el 17 de enero se sabe quién es el empresario de Villahermosa; el número de bujías (con b y con sebo) que habrá en el salon; se dice quien escribe las letras para los coros; se afirma que ni hay unas ni otros y se abren los almacenes de trajes. El *Genio*, *la Union*, *Cervantes*, *Euterpe*, *Terpsicore* y el *Instituto* son los primeros salones (ó salitas) que abren sus puertas al bullicioso enjambre de aficionados, que ansiando romper zapatos y deshacer callos agenos, en el campo de los *pinreles*, se lanzan al baile con mas entusiasmo que frac; pues como suelen decir los programas de *Terpsicore*, se admiten, en los bailes serios, levitas cortas y gabanes ceñidos por usarse en Paris y Londres..... (Para abrigarse, tal vez, ni mas ni menos que en Madrid.)

Aun no es tiempo, sin embargo, de que el movimiento carnavalesco se haga sentir en los despachos de guantes ni en los gabinetes del peluquero; ¿para qué han de estar abiertas las guanterías, cuando los Genios y las Euterpes admiten manos desnudas, ó con guante sucio todo lo demas? Chasco sería que el *paquetito* de Cervantes (suple salon) se gastase dos reales en el tocador, cuando con ese dinero compra un cartucho de papel amarillo, capaz de seducir, no por los caramelos, sino por la cinta azul, á la modistuela mas descarada de las mas *raidas* que asisten á

esos bailes. El entusiasmo verdadero, el lejítimo interes de la careta, no tiene origen divino; pero raro es el año en que la inspiracion no baja del cielo, en forma de lluvia mas ó menos fuerte; en esa época tienen los alquiladores de coches una de sus mejores cosechas, y se dice que hacen rogativas para que llueva mucho:

Asi la diversion del carnaval
está en razon inversa al temporal.

Cuando el cielo se cubre la cara con las nubes mas negras, de las muy obscuras que tiene á su disposicion, y nos baña el rostro con el agua que destila de su careta, nosotros echamos mano á las nuestras, y las llevamos á la cara, siquiera para librarnos de la humedad atmosférica.

(1) Desverguenza que llaman los péritos.

MÁSCARAS PÚBLICAS.

Las máscaras han perdido una gran parte de la animacion que tenian hace algunos años, y sin embargo no se conoce la causa de esta decadencia. El entusiasmo con que fueron inauguradas en los salones de Santa Catalina y los teatros fue en aumento con los magníficos salones que se le ofrecieron en Oriente y Villa-hermosa. Entonces se hacia notablemente risible la persona que se presentaba en estos bailes con la cara descubierta; y ahora, excepto una parte de nuestras hermosas que lo llevan á medio cubrir, se avergüenza cualquiera de cumplir con el nombre de la funcion á que concurre. Repetimos, que ni aun conociendo que las máscaras están sujetas como todo al capricho de la moda, no podemos atinar los motivos de un cambio tan desgraciado.

La costumbre tan general que impide á los hombres usar los birretes, los bombachos, las trusas, las fajas de marinero, las chinelitas de moro y otras ridiculeces por el estilo nos parece muy acertada; pero que nuestras lindas madrileñas se muestren tan desdeñosas con el carnaval es cosa que no podemos sufrir á fuer de aficionados que somos á escuchar sus secretos con toda la libertad que las concede la careta. ¿Habria cosa mas agradable que estar nosotros con la cara descubierta explotando la ocasion de cambiar los papeles con el sexo bonito para escuchar á través de los tafetanes lo que sin ellos no nos hubiesen revelado jamas? Pero para ellas debe ser de mas importancia el estado de nuestra salud puesto que es la única pregunta que hacen cuando están disfrazadas.

El pueblo bajo tiene fija la vista en el bando municipal que permite disfrazarse los tres dias de carnestolendas, y prohibe usar distintivos militares, hábitos de religiosos... y casi todo lo que no sea un *mamarracho de capricho*. Yo he llegado á creer si esa prohibicion tendria por objeto favorecer las artes y la moda, desarrollando los ingenios; pero la experiencia me ha convencido de lo contrario, y si tal fue la intencion de los concejales, sus esperanzas se han convertido en pelucas de estopa, en jorobas de lana, en sombreros de estera, en abanicos de esparto y en blondas de papel. Todos los años predomina un mismo traje en los hombres, y otro en las mujeres; los primeros todos son sectarios de Mahoma, con bombacho; las segundas todas visten de valencianas, y asi se forma una pareja moruna que da gozo. Ya se ve es tan fácil hacer unos pantalones anchos de unas mangas viejas, aunque estén sucias! y cuesta tan poco, teniendo toallas y pañuelos de seda, formar un lio que haga las veces de turbante, buscar un chaleco de pana, y una faja de seda, que solo falta salir á la calle diciendo: *baxarat esalip el mokadda, men adzina nejena y alajena*... para tener un moro hecho y derecho, aunque sea *pati-estevado* el mocito que se disfraza, porque las enaguas lo cubren todo.

La mayor parte se disfrazan para sí mismos divirtiéndose ellos solos; en este caso están los que se visten de viejos, ó de *señores*, ó vice-versa; y así ni mas ni menos sucede con los que cambian el sexo, vistiendo faldas por pantalones, y frac por corpiño.

PUERTO FRANCO.

Si los gaditanos hubiesen podido olvidar el movimiento de su pais, en los tres años y la próroga que disfrutaron de esa concesion, les haríamos venir á Madrid, en los últimos dias del carnaval; primeros del movimiento carnavalesco. Los dejaríamos estar en su patria echando los *años* y los *estrechos* el jueves de *compadres* y el de *comadres*; permitiéndoles que regalasen dulces á sus comadres. Aqui no rigen esas costumbres y no hay nada que ver hasta el último jueves de carnestolendas, conocido con el nombre de *jueves gordo*. Los prosélitos de la careta, se declaran desde ese dia en estado excepcional, cada casa es una prendería; cada mujer una costurera; cada hombre un pintor de figurines. Todos son víctimas y verdugos; todos prestan trajes y piden trajes; unos los devuelven estropeados; otros los usan hasta estropearlos. Pero esa revolucion *hebráica*, ese afan de ser judíos cambiantes, todos á la vez, es exclusivo de la clase media; ella sola conoce ese prólogo de la diversion, ella sola se ocupa con 48 horas de anticipacion del traje que ha de lucir (la intencion es tal por lo menos) siete horas cuando mucho. Los goces, son hijos de las necesidades satisfechas; pero mueren en el momento de vislumbrar otra necesidad mayor como el gusano de seda cuando sale del capullo, y deja un embrion que ha de pasar por la misma metamorfosis, y ha de perecer apenas llegue á la suprema felicidad. La gloria es tanto mas cara cuanto mas áspero es el camino que á ella nos conduce. Por ser esta una verdad de á 24, y por parecerme mucha filosofía para darla de una vez, concluyo diciendo: que los que salen del teatro á las doce pensando si irán ó no á las máscaras; que á las dos se deciden y entran en el baile á las dos y cuarto, no saben lo que es ir de máscaras, ni sacan partido de la diversion. Las bromas, ya se sabe, pesadas ó no darlas: el baile de máscaras tiene sus trámites, y son como sigue:

Cuatro dias de preparativos son suficientes para pensar si ha de ir ó no, para discutir el traje que se ha de llevar, para ver á quién se le ha de pedir, para discurrir quién le querrá prestar, ó para formar un círculo de prestamistas heterogéneos que completen el traje en cuestion. Que vá la chica de beata (fea sin mas informacion);—pues ya está corriente, dice la madre; doña Basilisa tiene un rosario de huesos de aceituna engarzado en plata con un crucifijo de palo santo, que te llegará á la rodilla; la digo que es para una funcion de iglesia y nos le da al momento; de otro modo imposible.—Pero y la toca!—Como que me apuro yo por eso!... doña Rosita tiene unos pañuelos de batista con encaje, riquísimos; la pido uno como muestra, para que tú hagas otros iguales, y estamos despachadas. Lo demas ya está dicho; la señora del piso principal se ha quitado el luto hace unos dias, y con su basquiña... (no te quejarás que es merino muy bueno) te haces las sayas.

Si a la niña le cumple ir de valenciana, ya es mas serio el lance, porque la mamá bien sabe donde hay aderezos, pero no sabe quién se los querrá prestar. Sin embargo ella se ingenia diciendo á todas sus amigas, si saben de alguna señora que quiera vender algun aderezo antiguo, porque tiene encargo de un collar y unas arracadas; asi consigue tenerlas unos dias en su poder, las luce su hija, y si no las pierde, las devuelve luego diciendo que no gustan porque son de poco valor.

No sirve ser antipático con el carnaval para librarse de esos compromisos; ni hay otro medio para defender cada cual su ropa de la metamorfosis que la amenaza, que negarse definitivamente: pero con política.—Hombre, Vd. tenia unos botines de majo.—Sí, pero los dí.—Me hará Vd. el favor de la manta.—Cuanto lo siento, pero me la robaron... Y si piden el frac, que tienen á la vista, se contesta que está empeñado, y que se usa bajo fianza. Esto es inverosimil, pero llena el objeto.

EMBROMAR.

En otra época cualquiera del año, no me daria cuidado que mis lectores ignorasen el significado de la palabra *broma*, que segun el Diccionario de la Lengua quiere decir «cosa pesada;» pero en los dias del carnaval seria una falta imperdonable, y los que, por desgracia, la hemos aprendido prácticamente, tenemos un deber en separar al prójimo de semejante calamidad. Entro, de buenas á primeras, aconsejando que si no pueden Vds resistir á la diabólica tentacion de los bailes de máscaras, no hagan caso alguno de las disfrazadas hermosuras que con el mayor misterio, y como si fuese la cosa mas árdua del mundo conocer á uno..... cuando lleva la cara descubierta, le dicen:—Adios, *fulano*, ya te conozco.—Muchas hay que suelen relatar á renglon seguido los nombres de nuestra parentela, y se retiran tan ufanas diciendo:—Cómo le he embromado!!!—Diálogos graciosos dicen que se originan con ese motivo, y por ese mismo método; pero yo, que he presenciado muchas *bromas*

en los bailes de máscaras, estoy convencido de que lo mejor y mas sano, para evitar 99 sandeces, es contestar á la primera con un *desengaño* (véase la nota núm. 1) y para que no se diga que hablamos de memoria allá va uno de los lances mas *bromosos* que suelen ocurrir diariamente.

—Adios hombre, cómo estás?—Bueno.—Tú, ya se sabe, tan divertido.—Sì.—No me conoces.—No.—Pues yo conozco á tu familia.—Ola!—Y soy visita de tu casa.—Me alegro, abur.—Ven acá, no te atudes; sé muchas cosas de ti.—Pues dilas.—Hace mucho que no vas al Prado?—Sí.—Pues te veo allí todos los dias.—Sea enhorabuena (*ap.*) española neta. Qué dices?—Nada, que tienes toda la viveza de tu madre, y mucha chispa para dar broma.—Es mi fuerte; pero no tengo mamá.—Eres inclusera! me gusta.—Y tu amigo?—Bueno.—Sois inseparables, siempre juntos, donde va el uno va el otro, no sabeis estar separados.—Por esplotar tus sinónimos.—Pero chico! (aqui va entrando la familiaridad) sabes lo que digo?—No, ni tú tampoco.—Que eres muy torpe; no me conoces; vaya te voy á dar una seña: todos los dias estoy en el Prado.—Vendiendo flores, he? adios Mariquita.—Anda bruto.—Adios prenda, y endoso.

Esto último es suficiente para que se pongan serias cuando se quitan la careta; y á fe que si el estimulante no fuera tan soporífero, se pudiera uno alegrar de los efectos. Hay, sin embargo, algunas bromas mas divertidas, que consisten en hablar á un sugeto, á quien se vé por primera vez, y esto se llama «bromear por endoso.» El prólogo de estos *divertimientos*, pasa entre dos máscaras, hembras, que con el mayor misterio posible se retiran á un extremo del salon.—Mira, me vas á hacer un gran favor, dice la *una* á la *otra*.—Di, contesta la *otra*, á la *una*.—Tengo mucho interés en embromar á un amigo que está en aquella mesa (*y señala*) cenando.—Déjalo estar; corre de mi cuenta; y se dirige tan ufana á dar la broma.—Pero si no sabes como se llama, qué le vas á decir?—No faltará.—(Aqui es preciso que bajen la voz para que los lectores no pierdan la ilusion del diálogo, que tiene la máscara con el que está cenando; y es como sigue):

—Adios fulano.—Adios máscara.—Tú siempre cenando.—Menos á las horas de almorzar, de comer... y otras diversiones que tengo con las chicas bonitas.—Siempre tan galante; di, cómo tienes á tu esposa?—De parto.—Y te vienes al baile!—Sí; yo estoy bueno.—Hace mucho tiempo que no ves á mi amiga?—Desde la otra noche que os encontrásteis las dos en mi casa.—Embustero!—Quieres cenar?—Gracias; es temprano.—Verdad es (*ap.*) por eso te lo digo.—Si supieras lo que he sabido de ti!—Sí, eh!—Quieres que te lo diga?—Estoy cenando.—Anda grosero.—No soy curioso.—Sé toda tu vida y milagros.—La segunda parte, no la creo: la primera la sé de memoria.—Mira, tienes dos hermanas, y ayer estuvieron en el Prado; tú vas mucho al teatro, y paseas cierta calle.—No sabes mas?—Como tienes tantos trapicheos! tengo ofrecido un rigodon, y voy á bailar; pero vuelvo á seguirte embromando.—Con que me estabas dando broma!..... pues sigue hija mia, sigue, asi como asi, el mozo tarda mucho de un plato á otro.—Ola, te va picando la curiosidad?—Sí, mucho; sobre todo lo de saber que tengo mujer y hermanas.—Pues sé muchas cosas mas; sé donde vives, que fumas mucho, y siempre habano.—Ah! me alegro encontrarte.—No, no me conoces.—El último tabaco que me llevastes era holandes legítimo, y sabia á espliego.—Tengo yo trazas de vender tabaco?—No tal; pero como el dinero que yo te dí por los cigarros, es moneda corriente en los almacenes de trages, creí.—Pues te has engañado. La jóven se amostaza, busca á su amiga y la dice:—Chica, ese hombre es un grosero, me ha equivocado delante de todos con una cigarrera; pero le he dado una broma que ya! se volvia loco y queria disimular su turbacion cenando; buena píldora tiene en el cuerpo.

Bromas mas inocentes que las que acabamos de referir, y no digan Vds. que es imposible, suelen inquietar á mas de cuatro hombres tontos (*vide cándidos*) de esos que el vulgo llama *primos*, y que efectivamente tienen ese parentesco con todas las mujeres que quieren apagar el hambre cenando, ó dar una prueba de sus simpatías con el galan que las acompaña, llevando un cartucho de dulces al brazo. En cuanto á los pocos hombres que se disfrazan hoy dia para dar broma á sus semejantes masculinos, nada puedo decir. De un hombre que embroma á otro hombre qué se puede esperar!.....

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

Memento homo quia pulvis...

Acuérdate hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir: palabras son estas, que sin el eco grave con que suelen ser pronunciadas, infunden en el corazon mas escéptico un pavor grande que crea remordimientos hasta de las cosas mas sencillas; voz terrible, eco fatídico, fórmula breve pero universal que alcanza á toda clase de personas, y es acaso el primer sonido de la trompeta funeral.

Memento homo..... Acuérdate mujer que no redimiste los años cuando pagaste el colorete, y que cuando te quites la careta han de salir á luz pública tus arrugas y se ha de conocer todo el artificio del retablo! Acuérdate tambien que el agua de Venus no dice *á prueba de sudores*, y no olvides que tu rostro es ya una pura argamasa! Mira que ese hombre no está tan hambriento de besos que se atreva á darlos en un tabique!

Memento homo..... Acuérdate elegante que el sastre quedó en volver mañana á tu casa y que no le servirá que luzcas el frac, si gasta lo que le debes en una cena! Acuérdate pobre anciano de tus botas de hule y de tus dolores reumáticos y no te la des aqui de mozalvete, pensando engañar á quien de fijo te ha engañado ya á estas horas! Ven acá tú, miserable regidorzuelo, y espera que amanezca, porque si sales á la calle, te estamparás los sesos contra esos edificios movilizados que diariamente dejais fabricar en los sitios mas públicos de la capital! Créeme y no salgas, que los faroles del alumbrado se apagaron á la una, y el astro de la noche no ha tenido por conveniente remediar vuestro abandono!

Acuérdate, miserable pretendiente, que si te colocan hoy te dejarán cesante mañana, y saca la mano del bolsillo si pensabas, como creo, gastar tu dinero en comprar dulces á la familia del ministro! Acordaos tambien vosotros.....; pero me acuerdo yo que mi mision no ha cambiado por la llegada de la cuaresma, y dejo ese tono fatídico que tan mal contrasta con las diversiones del dia.

Memento homo..... Acordaos lectores que hoy es miércoles de ceniza, y que el populacho ha escogido este dia para celebrar una de sus mas solemnes bacanales, y no extrañeis que abandone mi comenzado sermon siguiendo á mis protagonistas en su impropia cuanto anti-religiosa diversion.

Una gran parte del pueblo madrileño, que ha visto amanecer el miércoles de ceniza bailando y que se retira á su casa, ó á la del vecino, pues estos son dias

de mesa y cama redonda, se envuelve alegre en sus disparatados disfraces y se dirige á las orillas del canal á representar esa gran funcion conocida con el nombre de: *Entierro de la sardina*. No hay papeletas de convite ni nadie sabe donde se despide el duelo; pero el cortejo fúnebre se reune en el Prado que se halla invadido de gente; la mitad con su rostro libre á reirse de la otra mitad que con la cara cubierta está animada de la misma intencion que su contraria. Aun sigue el «me conoces? ya te conozco» y las bromas que salen á traves de las esteras son como muchas de las que se oyeron en la noche anterior entre el crugido de los tafetanes y los terciopelos. Marcha por fin la procesion, y en la pradera del canal entierran la sardina entre los bailes, la algazara y los espantosos aullidos de los que desocupan una bota y otra de vino devorando cabritos y jamones para cumplir asi con tan carnal

y pública comilona el austero precepto de vigilia ordenado por nuestra Sta. Madre la Iglesia.

Y como no siempre ha de ocurrir que el escritor ilustre á sus lectores sobre las dudas que puedan ocurrírseles; sino que muchas veces, y acaso las mas (por mi parte hablo) sucede lo contrario, y hé aqui una de esas en que tenemos necesidad de averiguar de cualquiera que nos lo quiera decir: si el pueblo de Madrid es cristiano, ó si el entierro de la sardina es una funcion anti-religiosa? Para nosotros está contestada la duda en la segunda parte de la pregunta; pues de otro modo es imposible dar á esa desenfrenada funcion un origen que esté en armonia con los principios religiosos del pueblo en que se ejecuta. En Barcelona y en varios otros puntos de España se celebra tambien ese entierro, pero es en los dias de pascua al concluir la cuaresma; cosa que se comprende lo mismo que si en el miércoles de ceniza se enterrase un pavo, y aun esas funciones serian mas propias antiguamente en que se acostumbraba á no comer otra cosa que pescados en los cuarenta dias que dura el reinado de la escuálida *jamona*. Y subrayo esta palabra para que sepan Vds. que la pongo con intencion, y la pongo con intencion porque tiene su busilis; y tiene su busilis porque hay en ella mas de lo que parece; y hay en ella mas de lo que parece porque yo me entiendo y Dios me entiende..... y trato ahora de que Vds. me entiendan.

Llamo *jamona* á la cuaresma, á despecho de los salmones y los atunes por que, no es mujer ni hembra, pero es femenina y raya en los cuarenta..... y no digo mas porque al buen entendedor, etc.

Pero conozco que me he detenido demasiado en indagar el origen de una funcion popular, de que ya hablé en otra ocasion (2) que como la mayor parte de ellas son hijas de un acontecimiento cualquiera, y en pasando algunos años se desfiguran de tal modo que ya no cumplen en nada con el objeto de su institucion. El pueblo se divierte con esas bromas y es muy aficionado á obrar por costumbre (cosa que le aplaudo;) porque como dicen en general (y se ahorran muchos malos ratos):—*dónde vas Clemente?—donde va la gente.*

Yo creo en todo á puño cerrado, con una fé mas grande que el santo carbonero de la sagrada Escritura, y concluyo (aquí de la instruccion) con las palabras que un hijo de Mahoma, usó al hablar del Carnaval cristiano: *Todos se vuelven locos por tres dias y recobran el juicio al cuarto con un polvo de ceniza en la frente.*

EL BAILE DE PIÑATA.

—Cuándo se cierra el despacho de billetes?
—Cuando entre el último aficionado.

A ese! señores moralistas; á ese, sí que deben Vds. enseñarle los dientes, y hablarle gordo; á ese si, que no á los bailes del carnaval, porque al fin y al cabo, cada cosa en su tiempo, y no se ha visto nunca que la cuaresma nos regale un manojito de espinacas en carnestolendas. Los cocineros del ambigú, han querido engañarnos, y lo han hecho al darnos, cola de boca por gelatina, y guisantes con jamon en vez de jamon con guisantes; pero jamas se han atrevido á adulterar la carne con acelgas..... porque al fin y al cabo, cada cosa en su tiempo, y en cuaresma ayunos. Hablo señores, de esa invasion brusca que hace la careta en el pacífico reinado de la penitente dueña; de esa familiaridad con que se posesiona del primer domingo de cuaresma, so pretesto de que es una broma y de que no es baile de máscaras, sino de piñata. Yo espero que el tiempo irá borrando hasta la memoria de semejante desacato, y lo espero tanto mas cuanto que nunca han adjudicado la piñata al número de mi billete.

La *piñata*, era en su origen una diversion *sui generis* (de mal género) que consistia en reunirse media docena de familias, gente de casa, hacer un globito de papel, llenarle de dulces y pájaros y romperle; para cuya última operacion, vendaban los ojos á la jóven mas decidida; si esta no atinaba á otra; é idem, idem. con todas las presentes, comíanse los dulces en buena paz, antes de las doce para no quebrantar el ayuno del lunes, y á poco rato se disolvia la reunion. Aun hoy se usa esa cándida diversion en varias casas particulares; pero los bailes públicos han reducido la diversion de este dia á una especulacion en extremo lucrativa para las empresas: cuando no hay rifa en los bailes suelen asistir 500 personas; á 20 rs. son 10,000; cuando se sortea una cosa cualquiera que vale 7,000 rs. se venden 5,000 billetes que son 100,000 rs., con que deduzcan Vds. las ventajas.

Pero el baile de piñata, no es un baile de máscaras, es una especulacion mercantil; es una loteria extraordinaria; es un tormento para los aficionados legítimos á la careta, un pretesto para los *vergonzantes*, que dicen: «he venido aqui por la rifa; como sino se pudiera tomar un billete y estarse en su casa; ni mas ni menos que yo pudiera continuar este artículo, y sin embargo lo dejo.

Tal vez haya encontrado el lector descoloridos estos cuadros, pero como las máscaras van estando cada vez mas pálidas, sería una falta imperdonable que yo me diese á despertar la aficion con mis artículos.

ANTONIO FLORES.

Memento homo quia pulcis est et in pulcerem recerteris.

Revista de la Quincena.

EL FURIOSO,

ópera joco-seria en dos actos.

En la noche del 19 tuvo lugar en el teatro del Circo la primera representacion de esta bella partitura del fecundo Donizzetti á beneficio de la señora Basso Borio. Dificil tarea se creia por todos, tanto por la empresa como por el público inteligente, la de reproducir con buen éxito tan dificil composicion, con el desfavorable antecedente ademas de no haber sido muy bien recibida en la escena del teatro de la Cruz en mayo de 1834. La Sra. *Claudina Edwige* y los señores *Boticelli* y *Alexandre* que en su ejecucion en aquella época tomaron parte, no contarán seguramente entre sus triunfos escénicos el éxito de *Il Furioso nell'isola de Sto. Domingo*, sin embargo de que la compañia lírica á que estos artistas pertenecian, y ellos mismos, y sobre todo el Sr. *Boticelli*, habian en otras óperas alcanzado bravos y aplausos repetidos.

Il Furioso, en mayo de 1834 no fué en verdad silvada; pero si lo es que pasó friamente desapercibida. Tan fundados eran el miedo de la empresa, y la desconfianza del público al anunciar la reproduccion de esta partitura tan temible para los cantantes como sus antecedentes y su peligroso éxito. La Sra. *Basso-Borio* sin embargo con atrevido talento la eligió para su beneficio, y el Sr. *Salvatori* la cantó para su triunfo. Dificil, muy dificil es pintar á nuestros lectores, que no hayan asistido á la primera representacion, la ovacion obtenida por el Señor Salvatori en el Furioso, y el buen éxito que tuvo la temida ópera. Contribuyeron á él en sus respectivas partes la señora *Gariboldi* y los señores *Sinico* y *Alba*, aunque esta señora en obsequio de la beneficiada cantaba la parte de *Marcela*, inferior á su categoría y á sus brillantes facultades. La Sra. *Basso-Borio*, bella y artista como siempre, cantó su parte de *Eleonora* con la maestría y el encanto de sus simpáticos acentos, obteniendo del público entusiasmados y merecidos aplausos; pero donde se excedió á sí misma, donde justificó la eleccion que habia hecho para su beneficio, fué en el rondó final

Amici! á tanta gioja é poco un core!
Se pietoso d'un obblio
Coppri, oh caro, i falli miei,
Fortunata appien son io
Fortunato appien tu sei.

No hemos podido resistir al impulso de transcribir tan divinos versos del gran *Metastasio* que en los labios de la hermosa beneficiada, fueron acentos inefables de celestial armonía. El señor *Alba* (Kaidama) desempeñó su parte doblemente dificil como actor y como cantante con notable acierto; sobre todo en el aria que se sustituyó en el segundo acto al duo de bajos, que fué suprimido sin duda por motivos fundados, que como no han sido anunciados al público, no creemos de modo alguno poder aprobar. El Sr. *Sinico*, que tan buena memoria tendrá en su vida artística del público del Circo, ha estado en el *Furioso* menos feliz que en otras partituras tal vez de mas dificil desempeño; no habiendo sido tampoco en su traje mas afortunado que en la *Linda de Chamounix*: pero de todos modos el señor *Sinico* contribuyó al buen efecto de la ópera. De propósito y con deliberada intencion hemos dejado para los últimos renglones el juicio que formamos aquella noche del protagonista Salvatori. Muchas veces al consignar nuestro humilde voto acerca de su mérito le hemos dicho gran cantante, consumado artista, excelente actor: pero en la ejecucion del *Furioso*, al observar el paso incierto del loco, la distraccion constante, la vaguedad de su mirada, la accion y hasta los acentos de su canto hemos creido ver la verdad misma, la horrible realidad de un demente: entonces y sobre todo en el duo de bajos del primer acto, cuando al negro Kaidama, tendiéndole enajenado los brazos, le dice creyéndole Eleonora:

Anima mia!

Salvatori no es ya un actor que representa una pasion dificil, sino un artista inspirado, un verdadero *furioso*, cual le creó el mismo compositor.

.....E io vivo? Io vivo
per vendicarmi... Si..... perfida!.....

Oir á Salvatori estas palabras del libretto, oirle toda la ópera, es el consejo que en conclusion de este artículo dirigimos á todos los *dilettanti*, repitiendo, porque solo así se explica el entusiasmo del público viendo el *Furioso* al Salvatori del *Belisario* y del *Marino Faliero*, que la señora *Basso-Borio* eligió con atrevido talento *Il Furioso* para su beneficio, y *Salvatori* la cantó para su *mayor* triunfo.

B.

En tiempo de disfraces hemos andado durante la quincena; pero sin embargo, como no acostumbrados á ver á los autores dramáticos obedecer semejante costumbre en las tablas, nos ha causado *novedad no pequeña* el traje con que se ha presentado el fecundo Scribe en el teatro del Príncipe. A él servia de ropaje si hemos de creer lo que el cartel rezaba, la *Perla de Barcelona*, y en verdad que de tal manera le desfiguraba que ni su misma madre le hubiera conocido. Si el inagotable vaudevillista se propuso devanar los sesos á los espectadores, no cabe duda que se le logró por entero su deseo, porque á no haberle puesto el anuncio su rótulo en la espalda como á don Quijote su noble huésped de Barcelona, claro está que hubiese pasado de todo punto «desapercibido» segun ahora se dice. Aun así como nosotros no le vimos quitarse la careta nos queda todavía el escozor de creer, ó que no era él el máscara, ó que el rótulo destinado á su vestido lo pusieron en otro, y él por descuido ó voluntad se lo encapilló sin pararse en barras.

Porque en verdad (y para dejar ya la alegoría de carnestolendas una vez que estamos en cuaresma), si la firma del autor del *Arte de conspirar* figura al pie del original francés, el resto es de creer que pertenezca á uno de los varios colaboradores que trabajan en su taller, y para mejor despachar el género le ponen el nombre de la fábrica, aunque su calidad sea inferior. ¿Cómo explicarnos de otra suerte la ausencia total de aquellos rasgos, á la vez profundos y delicados, con que este autor, eminente á pesar de sus muchos pecados artísticos, sabe bosquejar un caracter de una sola pincelada y cuando no mantener viva la atencion del público con incidentes tan imprevistos como naturales y bien eslabonados? ¿Cómo atribuir á quien manifiesta de contínuo tan felices instintos dramáticos, escenas semejantes á la de la noche de boda en que salen á plaza cosas que ya santas, ya profanas; ya sublimes, ya ridículas, no deben tener mas testigos que los lares y penates? ¿Qué hay de comun entre la marcha de *la Perla de Barcelona* y la maestría inimitable con que caminan á un desenlace tan bello como inesperado *el Vaso de Agua*, *la Segunda Dama Duende* y otra porcion de comedias que conocemos del famoso escritor?

El diálogo mismo carece en la presente de aquella elegante y culta ligereza que tan agradable luz derrama en la mayor parte de las obras del autor, y que no por diferenciarse en gran manera del vivo color que esmalta la conversacion española y la peculiar expresion de nuestros sentimientos, deja de ser una prenda segura de alabanza y aceptacion á los ojos de cualquier público.

Desposeida de todos estos atractivos *La Perla de Barcelona*, y metiéndose ademas en terreno vedado, solo la excelente ejecucion de la compañía del Príncipe ha podido salvarla sino del desagrado del concurso que fué bastante manifiesto, de una derrota estrepitosa. Este fué el puerto donde se abrigó del temporal para fortuna del autor y aun del traductor, pero ya que no al primero porque está muy lejos para oirnos; al segundo por lo menos le dirémos que no es nuestra época la mas á propósito para dejarse convencer por argumentos de autoridad, y que un nombre por ilustre que sea, no servirá facilmente de escudo á una pieza desnuda de mérito real y desacorde ademas con nuestras costumbres.—La piececita en un acto con el título de *La Familia improvisada*, aunque cortada por el patron de las *Tramas de Garulla* y de *Quiero ser cómica* que tiene fecha muy reciente, pareció algo mas viva y original y regularmente arreglada á nuestra escena. Aunque no fuesen de gran empeño, el *Sr. Fernandez* manifestó en sus cinco papeles variedad y elasticidad de talento.

Repuesta por fin la Señora Diez de su dolencia, hemos podido asistir á la representacion de *Doña Maria Coronel ó No hay fuerza contra el honor*, primera produccion dramática de D. Leopoldo Augusto de Cueto.

Este drama merecia sin duda exámen mas detenido que el que nos permiten los cortos limites de una revista, pero asi y todo, emitirémos nuestro juicio sobre sus cualidades de mas bulto con

la imparcialidad que debemos á una persona conocida ya ventajosamente, sino en la dificil carrera dramática por lo menos en la república de las letras, y sobre todo en los dominios de la critica.

Nada diremos del argumento fundado en la accion heróica de la Lucrecia cristiana, Doña Maria Coronel, y como tal sobrado conocido, porque su elevacion y belleza están al alcance de todo el mundo; solo nos resta saber si en manos del Sr. Cueto ha decaido de su altura ó cobrado esplendor nuevo, y si el teatro le ha servido de cristal de aumento.

En cuanto á la heroina no puede dudarse que el autor la ha colocado en un noble pedestal para exponerla á la admiracion del mundo, y no vacilamos en asegurar que tal hubiera parecido aunque la Sra. Diez no le hubiese prestado la mágia de su talento. Doña María Coronel en sus palabras como en sus acciones, es un retrato puro y verdadero de la virtud femenil junta con la fortaleza y generoso aliento de los héroes; pero para que resaltase esta resplandeciente figura no era menester ponerle por fondo una tan negra y horrible como la del rey D. Pedro, cuyas facciones de puro feroces y bravías llegan casi á perder la semejanza humana. El autor nos advierte en el prólogo que va al frente de la pieza que ha querido mas bien sujetar el drama á las exigencias lógicas y naturales del arte que no á las minuciosidades de la historia, y semejante libertad antes la aplaudimos que la censuramos, pero en esta ocasion la historia favorecia con su verdad el desarrollo del pensamiento, porque D. Pedro con su conjunto de cualidades buenas y malas es sin duda mas dramático que la hiena, coronada que nos pinta el Sr. Cueto. Si Doña Maria triunfase no ya de la fiereza y amenazas de aquel sañudo monarca, sino tambien de las altas prendas que en medio de sus vicios le adornaban, sin duda su laurel hubiera sido mas glorioso y por nuestra parte no hubiéramos visto rebajada de su natural altura una persona tiznada con hartos crímenes verdaderos para no concederle las otras cualidades que poseia, como si el Sér supremo hubiese querido ofrecer en él un vivo ejemplo del estrago de las pasiones y de la desdicha de las turbulencias civiles. Si Moreto en su *Rico Hombre de Alcalá* y Zorrilla en ambas partes del *Zapatero y el Rey* han lisonjeado un poco su retrato, en cambio el autor de Doña María Coronel ha ennegrecido las tintas de Pero Lopez de Ayala, el coronista apasionado de aquella época. En suma, el carácter del monarca está bien sostenido pero imaginado de una manera algo incompleta, y presentado por uno de sus lados solamente. Los demas que en el drama aparecen son notoriamente inferiores aunque el del doncel esta tocado con una ternura y suavidad verdaderamente simpáticas, y en D. Juan de la Cerda hay rasgos que revelan á gran distancia el caballero de aquel tiempo.

La accion marcha á su fin sin estorbos como que la trama peca tal vez de sencilla y poco enredada. El episodio mismo del nacimiento y pasion de Roger está mejor imaginado que entretejido. Sin embargo, abunda en escenas de gran nervio y valentía; entre las cuales son notables todas las del rey con Doña Maria, la de D. Juan de la Cerda en el alcazar de Sevilla, y por último la tremenda y eminentemente trágica en que la heroina abre la caja fatal. La séptima del acto primero en que el doncel Roger desata y ayuda al desventurado D. Juan, no está manejada con igual tino, pues parecia natural que en lance tan extremo el corazon de un padre se entregase á demostraciones que sin descubrir al jóven un secreto tan importante y peligroso, lo diese á entender mas claramente á los espectadores. El desenlace mismo nuevo y dramático en sumo grado se enfria un poco con las palabras del rey que sin duda cuadrarian mejor en boca del obispo D. Nuño en tono de reconvencion amarga, que no en la suya.

Por lo demas las cualidades literarias de esta obra son tales, tan perfectos y acabados sus pormenores, tan pura la diccion, tan fáciles y armoniosos sus versos, que la critica mas descontentadiza nada hallaria en que emplear sus filos. En tiempos en que tanto se descuidan las galas del decir y la correccion de las formas, semejante esmero y diligencia son prendas altamente recomendables, sobre todo en quien como el Sr. Cueto pisa por primera vez la senda escabrosa del teatro.

La ejecucion añadió á la corona de la señora Diez un lauro mas, lauro que sin gran exageracion pudiéramos llamar el mas verde y lozano de cuantos la componen. Si hubiéramos de mencionar todos sus felices rasgos, preciso seria seguirla en su papel punto por punto, pero basta que recordemos á cuantos lo oyeron aquel grito espantoso que lanza al descubrir la cabeza de su esposo, y que erizaria los cabellos de una estatua de mármol. Tanta verdad, tanto sentimiento, tanta nobleza y tan simpáticos acentos nunca se han presentado á nuestros ojos, ni resonado en nuestros oidos. Esta actriz cada dia da nuevos motivos de orgullo á la escena española. El señor Romea (D. Julian) desempeñó con su acostumbrada maestria el papel atroz de D. Pedro, prestándole toda la sañuda y profunda intencion de que al autor le ha cumplido revestirle. Su sonrisa, su tono de voz, sus ademanes revelaban bien á las claras aquel rey cuya presencia helaba la sangre en las venas. Los demas actores hicieron laudables esfuerzos, pero, como era natural, no pudieron mantenerse á semejante altura.

En el teatro de la Cruz se ha representado la comedia con el título de *La Prensa libre*, original del Sr. Navarro Villoslada, ingenio tambien novel. Con grandes dificultades tendria que luchar quien quisiese encerrar en los estrechos límites del teatro una cuestion de suyo abstracta por un lado, y por otro de tan colosales dimensiones que apenas cabe en los ámbitos de la moderna sociedad. Forzoso era, pues, tratarla de una manera parcial é incompleta, bosquejando sus rasgos mas notables y rebajándola por consiguiente de su natural importancia, por felices atisbos que se supusieran en el autor. Esto es lo que el señor Navarro Villoslada se ha visto obligado á hacer; pero como el manejo de tan diversos elementos exigia una maestría que sola la experiencia puede dar, ha venido á suceder que el autor embarazado con ellos mas los ha confundido que ordenado, resultando de aquí embrollo en la accion, incertidumbre en los carácteres, falta de profundidad en la intencion y debilidad en el conjunto. El deber del crítico no muy agradable de suyo, seria de todo punto insoportable si en los primeros pasos del ingenio hubiese de cerrarle el camino con importuna severidad; pero la verdad siempre preciosa, aunque no pocas veces amarga, en ninguna época es mas necesaria que al principio de una carrera. Si al señor Navarro Villoslada le parece cuerdo nuestro parecer, le aconsejamos mejor eleccion en sus asuntos; que pues el teatro se entiende con la imaginacion y con el sentimiento antes que con el entendimiento, cuestiones tan complejas y dudosas mal pueden avenirse con su índole; y tanto mas eficazmente se lo recomendamos, cuanto que á juzgar por la impresion que la representacion dejó en nosotros, su comedia está escrita con esmero y descubre laudable aplicacion.

La ejecucion, aunque de no gran empeño, adoleció de la desigualdad que en este teatro menoscaba mas de una vez el buen efecto de sus representaciones.

En cuanto á la ópera *Il Furioso*, última funcion lírica del Circo, en otro lugar encontrarán nuestros lectores noticias, junto con el retrato del señor Salvatori que tan señalado triunfo ha alcanzado en ella.

Del carnaval que Dios tenga en su gloria nada nos ocurre que decir, porque otro mas soso y desmayado apenas le recuerdan los nacidos. Visto está que la condicion humana no mejora cosa mayor, y que para sazonar la fruta, no hay como vedarla.

ENRIQUE GIL.

A SALVATORI EN EL FURIOSO.

¿Por qué el pueblo, decid, entusiasmado
Bate las palmas, se deshace en lloro
Y entre sollozos mil vibra sonoro
De admiracion un grito prolongado?
¿Quién es ese hombre? quién?—Un desdichado
Mártir de ardiente amor á su tesoro;
Viviendo ayer entre ilusiones de oro,
Perdida hoy la razon, desesperado.
Mirad su rostro, aprendereis su historia;
Sentireis su dolor si oís su canto;
Y si transido el corazon de espanto.
Atónitos quedais; esa es la gloria
Del que lanzado en tan dificil via,
Solo puede tener á Dios por guia.

S. COLLAR Y BUEREN.

ANUNCIOS.

LOS MISTERIOS DE PARIS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR M. EUGENIO SUE,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. ANTONIO FLORES.

La obra constará de diez tomos, y consultando la comodidad del público, ha dispuesto el Editor que el tamaño de cada tomo sea en 16.º marquilla, y que conste de mas de 500 páginas de impresion.

El precio de cada tomo llevado á casa de los señores suscritores, será el de 6 reales vn. para todos los que estén suscritos á cualquier obra ó periódico de los que publica DON IGNACIO BOIX, y 7 rs. en las provincias para los que se hallen en el mismo caso.

De igual ventaja disfrutarán los señores suscritores que lo hayan sido al BIEN DEL PAIS.

Para los que no tengan ninguna de estas circunstancias, y deseen suscribirse, será 10 rs. el precio de cada tomo, y 11 en las provincias.

El tomo 1.º se ha repartido y remitido á los suscritores actuales. Los tomos 2.º, 3.º y 4.º se repartirán en todo el mes de marzo, de manera que el editor BOIX cree poderla dar concluida en todo el mes de mayo próximo.

Su Editor se promete dar esta obra por concluida en el corto tiempo de cuatro meses, repartiendo unos meses dos tomos y otros tres.

Los retratos de los principales personajes de la novela se darán con el último tomo por separado en un pliego grabados en madera por nuestros mejores artistas y tirados á parte, en los cuales irá designado el tomo y página á que cada uno corresponda para su encuadernacion. El referido pliego de láminas solo se dará á los que sean constantes suscritores al DIARIO DE AVISOS, los que no lo sean tendrán que abonar 6 rs. vellon á causa del mucho coste que ocasiona su tirada.